

## A DIOS ROGANDO...

Algeciras, 1948-51

La feria terminó. El paseo estuvo lleno de casetas en que la gente permaneció durante nueve noches consecutivas hasta las seis de la mañana: la misma gente que no saldrá de casa en todo el año.

En mi oficina el trabajo está parado. Lo más interesante quedó en espera de que la fiesta se acabara. Las infinitas luces de colores, los fogonazos, los haces blancos..., han deslumbrado a los seres que estuvieron ofuscados por el vino o embrutecidos por el sueño. El griterío, los altavoces y la música estridente han desordenado sus cerebros, y no saben qué sucede.

Y, de resultas, yo tampoco entiendo lo que pasa, y en vista de ello me alejo hasta Pelayo, donde sólo se oye el viento alguna vez y no hay más luces por la noche que la que nos envían las estrellas. Es un refugio en plena sierra, lleno de flores: una divina ermita, que no ayuda a redimirse.

\* \* \*

Subí a Pelayo para escribir, pero temo que he perdido la afición. Me paso fácilmente a lo que ofrecen los demás. He leído una historieta de Farrère que me recuerda el tiempo de su *Batalla* y de sus *Cuentos marinos*. «Le Singe bleu et la Chatte blanche.» Una monería. Está escrito para viejos sentimentales a quienes guste meditar sobre el pasado. En Francia no puede haber tenido el menor éxito. Estoy seguro de que el ambiente que premió *Les Forêts de la Nuit* (1) siente un desprecio olímpico por el libro que

---

(1) JEAN LOUIS CURTIS (París, 1947).

he tenido entre las manos. Temo incluso que el propio Claude Farrère no esté contento con su trabajo.

Y a propósito. Durante nuestra guerra, él se presentó una tarde en las Brigadas de Navarra. Alguien le había dado una tarjeta para mí. Al regresar a casa lo hallamos con la cabeza entre las manos junto a una mesa ya dispuesta para una cena muy frugal. Eran las once de la noche. Creo que nuestros pasos le despertaron.

Quería saber lo que pasaba al otro lado del frente y por qué luchábamos. No entendía a los curas de Vizcaya, apalabrados con los rojos. Indagó lo más que pudo. Se proponía escribir varios artículos y defender la causa nacionalista. Pero estábamos ahitos de cañoneo contra los cerros que iba tomando nuestra gente y cansados de caminar en busca de otras nuevas posiciones, y... quisimos otro tema.

Se resistió no poco, y sólo cedió en la sobremesa para ofrecernos un panegírico fastuoso de su maestro y compañero de armas Pierre Loti. Nos dijo que él trataba siempre de buscar algún reflejo literario en la famosa *Chrisantème*, pero que no hallaba su figura en semejante espejo.

Luego se volvió a quedar dormido, y a los pocos días recibimos dos o tres *Echo de Paris*, en los que describía con amargura y cierta gracia un viaje realizado hasta el corazón de Asturias para hablar de libros solamente.

Cuando en Llanes se lamentaba de lo suyo, parecía sincero. Y, sin embargo, transcurridos varios años nos ofrece un cuento nuevo... nacido antaño: el que he leído hoy por la tarde. Es curioso. De seguro las cuartillas correspondientes fueron escritas hace más de medio siglo para luego ser halladas en el interior de una carpeta arrinconada, y amañadas —por las buenas— con objeto de evitar otras ideas. En efecto, conozco a su «Perico» de otro tiempo. Lo he visto en China, como él mismo, y he visitado su casa de Ciboure. Por supuesto, el apellido cambia. De ser el mismo, acaso rebuscara un poco más y me encontrara a otros amigos en la ascendencia y entre las amistades de Georgette, la de Chiraz... No cabe duda que *Singe bleu* me ha embelesado. ¡Qué cosa!

Y con estos comentarios o inquisiciones empiezo a sentirme incapaz de meditar sobre Alejandro y sobre David, que antes me interesaban, y lo peor es que no tengo un mal espejo que me ayude.

\* \* \*

Sigo igual. En vez de trabajar en mis «Figuras militares» pienso en todo lo demás. Quiero poner en claro cómo crea el que lo hace y qué relación guarda con los que se hallan destinados a gozar de su trabajo. Pienso mucho, y no concreto. Sin duda, el creador tiene derecho a ufanarse de su obra, si es digna de ello y... él es digno de ella. Y en esto me refiero a ideas, a edificios, a grandes descubrimientos o a máquinas capaces de revolucionar la técnica y la historia. Considero inadmisibles estar satisfecho —y hasta orgulloso— de la labor ajena por razón de posesión. Sin embargo, el mundo está repleto de personas que presumen de un maravilloso Goya o de un automóvil velocísimo, como si fueran los autores de semejantes maravillas. Y esto ocurre siempre a los que son más incapaces de hacer alguna cosa parecida.

De esa agua, ya he bebido. Enseño a los amigos *mi* preciosa «Huerta de Pelayo», como si la hubiese proyectado y realizado personalmente. Cuando los subo a la terraza para presentarles un jardín lleno de hortensias, de buganvillas y de naranjos, o la hermosa vista de una roca que se yergue entre dos núcleos de chaparros doblados por el Poniente y retorcidos por los años, se me olvida que el intento original es de un inglés y el trazado de un italiano, y que la casa fué adquirida para una residencia militar, y que el Peñón de Gibraltar lo puso Dios donde se encuentra con objeto de que fuese embestido muchas veces por los hombres que murieron en su seno.

\* \* \*

Peñón de Gibraltar. (Te he nombrado sin querer).

Desde la terraza de «La Huerta» se domina bien la roca. Cuando ha llovido, ella se acerca desmesuradamente y es fácil darse cuenta de la forma en que los sitios se efectuaron. El López de Ayala (2) y el Montero (3), que son prácticamente lo poco antiguo que hay escrito en español sobre esa historia tan curiosa y emocionante, se siguen bien desde Pelayo. Los gemelos proporcionan

---

(2) IGNACIO LÓPEZ DE AYALA, *Historia de Gibraltar*. Madrid, 1792.

(3) FRANCISCO MARÍA MONTERO, *Historia de Gibraltar y de su Campo*. Cádiz, 1860.

un buen croquis panorámico para estudiar las operaciones realizadas por Guzmán el Bueno y por el duque de Crillon en los siglos XIV y XVIII, respectivamente (4).

\* \* \*

Grandes alcornoques desnudados por los corcheros encuadran el soberbio panorama, dejando espacio para ver la costa, y más lejos otear la gran bahía y contemplar allá en el fondo una montaña inmovible, un peñón inmenso, que obsesiona al que lo tiene y al que lo quiere.

En esa roca enorme adivino asentamientos y varias construcciones militares. Diferentes caminos zigzaguean hacia la altura en que se encuentran los cañones y las instalaciones correspondientes, que sin duda se mantienen sobre ruinas de otras obras que levantaron pueblos orientales. Un manto verde cubre la falda, rasgada a veces por el agua o por el hombre, o comida por la piedra en que la lluvia se recoge. Y en el ángulo saliente un trazo diminuto mira a Ceuta, como índice que apunta a Mediodía por encima del Estrecho. Es uno más, o uno de tantos, y los pedestales de esos trazos —que son de acero muy reciente— se orientan superponiendo unas agujas, en cuya esfera dice el rumbo o la dirección del blanco y la del eje de la caña que se quiere disparar.

Por la tarde, el Peñón se yergue en todo su esplendor. Lo diviso —Norte a Sur— en su longitud más grande. A la izquierda unas paredes verticales, cuya escalada proyectaron soñadores que luego se rindieron ante la fuerza de una Tierra que arrastra hacia el abismo, y arriba —observando con aumento— una quebrada cremallera hecha de casas y pantallas, montajes y entramados, a más de postes y de piedras emanadas como granos de la enorme roca grande. Y la interminable greca sigue el horizonte: desde la Peña del Mortero baja al corte de la radio y sube al Hacho

---

(4) Las obras en que la verdadera historia de Gibraltar está basada, han desaparecido. La pérdida de la plaza y la invasión de España por Napoleón I, dieron lugar a incendios y a incautaciones. Hoy, en consecuencia, el estudio de los principales sitios se ha de basar en las *Crónicas* antiguas, o en monografías y en artículos diversos, citados profusamente por JOSÉ CARLOS DE LUNA en su reciente y también llamada *Historia de Gibraltar*. Madrid, 1944.

—vieja torre de señales— y a la cima capital, llamada O'Hara, para, en fin, caer hacia los últimos rellanos: el Molino, en que hay más piezas y otras sombras misteriosas, y la llamada Punta de Europa, en que residió una Virgen de igual nombre venerada por su pueblo y festejada por los grandes almirantes con «lámparas de plata y renta de aceite» para que ellas estuvieran encendidas eternamente» (5), y estos rellanos son como cuñas en que la roca buscó un apoyo firme junto al agua para lograr que sus paredes fronterizas se mantuvieran verticales e intangibles.

Y esa es la prodigiosa Calpe de fenicios y de griegos. Esa es la gran columna que se enfrenta con Abyla, y en la que estuvo escrito —o admitido simplemente— el famoso «Non plus ultra» de los viejos navegantes.

\* \* \*

Dícese que la palabra *calpe*, en lengua fenicia, «significa *altura*, i que quando Osiris vino a este monte lo llamó Calpe para que su mismo nombre diese idea de su grande elevación» (6). Mas también es cierto que esa palabra está relacionada con expresiones griegas en que lo «cóncavo» y lo «hueco» entran en juego, no sólo por la forma del objeto representado por otras voces que se parecen a ella, sino a consecuencia del estudio de las raíces principales de unas y otras.

De otra parte, Ayala insiste en que «toda la montaña abunda en cavidades, unas mayores que otras» (7) y en que muchas de ellas «sirven de receptáculo o depósito del agua llovediza, que se conserva en ellas casi siempre, i es de mucho alivio para los habitantes, pues sin ella sería imposible proveer la guarnición... quando escasea el agua de fuente o mientras se asienta la que cae... i se recoge en los algibes» (8). Y aun hablando de las cuevas existentes

---

(5) LÓPEZ DE AYALA trata de «la antiquísima y muy devota casa de Nuestra Señora de Europa», y refiere de qué modo los generales que mandaban las galeras la adornaban con los efectos que se citan. Pero, a su vez, él tomó esos datos de ALONSO HERNÁNDEZ DEL PORTILLO (*Historia manuscrita en 1610*, que se conservaba en el archivo del Cabildo de Algeciras, y que ha desaparecido con otros documentos sin que se sepa cuándo.

(6) LÓPEZ DE AYALA, *Ob. cit.*, pág. 14.

(7) *Idem id.*, pág. 24.

(8) *Idem id.*, pág. 24.

en lo alto de la roca asegura que «personas de verdad que allí han estado confiesan que es menor el zumbido de los cañones al batirse dos escuadras» que el que retumba en aquellas cavidades (9).

Y dedúcese de cuanto queda expuesto que no fué Ayala mismo quien pudo comparar los truenos procedentes de la mar con los rumores escuchados cerca de las grandes oquedades del Peñón, sino que él tuvo —como el autor de esta memoria— que valerse de otras voces u otros libros pergeñados por testigos verdaderos de los hechos y accidentes que se citan. Su obra fué, en efecto, publicada muy después del año y día en que por vez postrera se reunió el Cabildo castellano en la hermosa Sala Capitular de la que ya era plaza y colonia inglesa (10). Fué publicada en pleno último sitio, poco antes de la fantástica intentona realizada por D'Arçon con sus baterías flotantes e incombustibles, que, sin duda, antes de arder y de hundirse para siempre en la bahía retumbaron más que el viento en las cavernas de la roca (11).

Mas como digo, hablo de evagaciones. Me limito a repetir conceptos escuchados en todo tiempo o leídos en trabajos que aluden tíbiamente a las cavernas y a las viejas galerías y a las grandes instalaciones de otra época reciente. Muchos autores copian y reiteran cifras colosales relacionadas con el trabajo empleado en perforar la piedra y en preparar alojamientos interiores para las piezas, sus municiones y su gente; y a fin de estar seguros de que se hallan en lo cierto basta meditar sobre el esfuerzo representado por las troneras enfiladas sobre el istmo y sobre el puerto, y que son la admiración del que se para atónito y por vez primera ante el acantilado septentrional de Gibraltar. Antes del siglo XIX se enumeraban ya los millones de libras consumidos en horadar la masa y en vaciar el monte, y aún ha de añadirse que la violentísima tarea ha seguido, si bien ahora no se menciona el coste ni se habla de la cuenta.

\* \* \*

En nuestro tiempo las explosiones continúan; más galerías nacen; más depósitos, más cuevas y almacenes, habitaciones y

(9) Idem íd., pág. 25.

(10) 5 de agosto 1704.

(11) El último sitio de Gibraltar empezó en 1778 y duró hasta 1783.

oficinas, puestos de mando y locales destinados a talleres y a hospitales, y a nuevos túneles para ir a todas partes: un laberinto subterráneo con planos archivados en las entrañas del macizo.

Eisenhower, en sus *Memorias* (12), cuenta cosas de la noche que pasó en el seno del Peñón de Gibraltar. Iba camino de Africa para tomar el mando de las fuerzas recién desembarcadas en Casablanca. Comensal de Gort, estableció contacto con sus futuros subordinados a través de una admirable instalación montada en el corazón de la montaña, que ya Pomponio Mela —bajo Tiberio— calificaba de «prodigiosamente hueca» (13).

Yo ignoro, por supuesto, si el despacho utilizado por Ike (14) formaba parte del macizo antiguo o de alguna de las cuevas que originaron la expresión de Mela. No importa incluso a mi relato la cantidad de roca barrenada con modernas excavadoras para lograr el hueco en que durmió el ilustre huésped. Importa sólo recordar que las oquedades del monte orondo se producen con frecuencia en argamasa dura, constituida con materia pedregosa, parte caliza y otra parte muy importante de sedimento orgánico (huesos de ruminantes y mamíferos y cáscaras y conchas de mar y tierra), y que estos elementos están establecidos en grandes brechas y en capas sucesivas e inclinadas, que ponen de relieve que la inmensa mole giró sobre una arista submarina y estuvo en otro tiempo recubierta por el agua (15).

La cueva de San Jorge o San Miguel, sin duda la mayor de cuantas ha habido en el Peñón, se halla fuera de la zona en que los trabajos principales se han llevado a cabo. Pero a pesar de todo

(12) DWIGHT D. EISENHOWER, *Crusade in Europe*. Londres, Toronto y Melbourne, 1948.

(13) POMONIUS MELA, geógrafo español, escribió, en el año 43, una obra titulada *De situ orbis*, reproducida en 1696 por los Gronovius (Leyda), en 1807 por TZSCHUCKE (Leipzig) y en 1843 por M. BAUDET (París). Y, sin duda, la expresión que tomo del interesante libro escrito por AYALA, está copiada de la reproducción correspondiente a 1696. El, en efecto, cita el nombre del famoso bético en su renombrada *Historia de Gibraltar*, pág. 15.

(14) Diminutivo o apodamiento empleado por los americanos para nombrar al Generalísimo Eisenhower, hoy Presidente de los Estados Unidos.

(15) «Los fósiles que se encuentran en las capas de breccia son idénticos a muchos de los terrenos diluvianos, a saber, huesos de antilopes, tigres, zorros, conejos, ratas, pájaros y conchas marítimas y terrestres». (De *La Historia de Gibraltar y de su Campo*, escrita por don FRANCISCO MARÍA MONTERO, Cádiz, 1860, pág. 15).

sus diferentes salas y estrechuras, sus grandes lagos interiores y los adornos y las columnas estalactíticas, que —uno tras otro— varios autores han descrito, bien pudieran dar idea del esfuerzo realizado por los especialistas que se han abierto paso en plena roca, dejando en pos de sí una construcción maravillosa. Hubo, al parecer, equipos de ingenieros canadienses que enseñaron a sus colegas de Inglaterra a caminar de prisa bajo el suelo, a sujetar la piedra fuertemente y a recubrirla con firmeza; mas también intervinieron de seguro gentes que sabían —y no poco— de manejar corrientes y lograr temperaturas soportables y encauzar debidamente las variaciones higrométricas, que sin tales requisitos el cavernícola de hogaño protesta airadamente. (De troglodismo —él dice— entiende sólo nuestra madre Naturaleza, la única que sabe hacer habitaciones para el hombre debajo de la tierra).

\* \* \*

Eisenhower estuvo poco tiempo en Gibraltar. Lord Gort le acompañó al siguiente día, en su propio coche, a la enorme pista que cruza el istmo de Este a Oeste. No hacía mucho que el fantástico aeródromo había sido inaugurado; mas como quiera que imponía una sola dirección y que su cercanía a la roca originaba remolinos casi siempre inoportunos, hubo un breve cuchicheo con el piloto —hombre avezado a lo desconocido, mas prudente y muy calmoso— antes de que el hermoso «Fortaleza» transformado en «turismo» se elevara suavemente y se alejara hacia el Estrecho.

Los de abajo lo contemplaron intranquilos. No había pasado mucho tiempo desde que Sikorsky había sufrido un accidente que le costó la vida, y cada vez que un alto personaje se iba o venía a Gibraltar había un tanto de zozobra entre los principales responsables de la visita. Así, pues, en cuanto el aparato americano se perdió en la bruma nadie se ocupó de la boyante escolta, que rodó como una tromba y despegó de prisa, dejando atrás un torbellino de aire y polvo, del que los ingleses se libraron refugiándose en el coche que esperaba.

Entonces, el antiguo jefe del ejército expedicionario de Gran Bretaña, que había dirigido la retirada y la odisea del reembarque allá en Dunkerque, hizo un ademán sencillo, bondadoso y elegante y señaló el camino de su oficina, dispuesto a reemprender la ardua tarea interrumpida por el docto visitante.



Una hora más tarde, allende el mar, el que acababa de recibir el título de comandante en jefe de las fuerzas concentradas en Marruecos establecía contacto con varios disidentes de Vichy y tomaba el mando de las divisiones yanquis recién desembarcadas en Casablanca y del flamante Primer Ejército Británico, puesto a las órdenes del general Sir Kenneth Anderson. Y así dieron principio las operaciones que habían de conducir a la tenaza tunequina y a la derrota del famoso *Afrika Korps*, y así empezó una relación de afecto entre los artifices primeros de la marcha a través de Argelia y de la batalla del Mareth, afecto que aparece ostensiblemente expresado en un comentario amable que Eisenhower dedica a su colega y subordinado británico en su interesante diario de la guerra (16), y que está también expuesto en la dedicatoria de un retrato que Anderson —más tarde general en jefe y gobernador de Gibraltar— está orgulloso de enseñar a los que acuden a su vieja residencia.

El recuerdo está sobre un estante, en el suntuoso comedor de gala del Convento (17). Contrasta por su estilo y su tamaño con los escudos de colores y los grandes óleos de los varios personajes que habitaron en la casa anteriormente. La boca en el retrato es amplia, más rasgada aún que de costumbre en otras fotos publicadas en revistas y periódicos. Parece que el ilustre general sonría de la escena que presencia y se dice que si hubiera estado presente, en vez de los ingleses, habrían sido diferentes las medidas adoptadas en relación a estilo y a costumbres. El de América, en efecto, no hubiera optado por conservar una instalación antigua, de techo elevadísimo y con cenefa y artesonado luciente; hubiera preferido algo moderno, todo acero y liso y exento de los aparecidos que residen en la casa desde un tiempo en que Norteamérica era inglesa y española, espíritus envueltos en amplias túnicas y provistos de una forca o de una guadaña, que deambulan por el pórtico y por la hermosa galería que circunda al patio y por las vetustas salas que están llenas de recuerdos de los sitios y de otros episodios anteriores. Y no es que yo haya visto a los citados personajes; me contento sólo con decir lo que me dicen los actuales habitantes del Convento y lo que antes ya decían sus antiguos moradores.

---

(16) *Crusade in Europa*, antes citado.

(17) Palacio en que reside el Gobernador de Gibraltar.

Lo cierto en todo caso es que Elliott (18) y Eisenhower son figuras de prestigio en el Gobierno Militar. Ocupan dos esquinas del fastuoso comedor, en cuyo centro está una mesa iluminada por enormes candelabros.

En los diferentes puestos hay almirantes y brigadieres y unos cuantos invitados que no entienden la prelación inglesa y torpemente se resignan a ver sobre la mesa un gran cojín de terciopelo con varias llaves que representan o que son las del Peñón de Gibraltar.

La comida se desliza alegre y ceremoniosa, sin que ahora sea oportuno hablar de quiénes asistieron ni de qué asuntos se trató. Importa sólo a mi relato —que es un relato ajeno— recordar que en el momento de servir el postre la puerta de la estancia se abrió de par en par, cediendo paso a los gaiteros y tambores de una música escocesa, que, maniobrando maravillosamente, vinieron a colocarse en posición de firmes ante su jefe y regalaron a la gente con aires primorosos de su tierra, y que estos aires prosiguieron hasta el instante en que una voz y una señal reglamentaria indujeron al silencio, y en que un sargento, bandeja en mano, se aproximó a la silla del general en jefe para entregarle una tercera llave, al tiempo que decía estentóreamente: «¡La fortaleza está guardada y se halla a salvo!»

La simbólica frase del sargento es recompensada con un vaso de solera 1847, que todo paladar británico aprecia tanto o más que un buen Oporto. Y ante eso el yanqui sufre un estremecimiento y estira aún más los labios, creyéndose asistir a la escena culminante de una comedia de bufones traducida a su lenguaje.

En la sala el solo inmovible es Elliott, cuya efigie silenciosa (19) recuerda claramente que es el único autorizado —o que lo estuvo cuando ocupaba el puesto principal de aquella mesa— para acercarse al propio soberano y asegurarle que «todo se halla firme y está seguro».

Elliott, en efecto, fué el héroe del treceavo y último sitio y tercero de la época presente. Se enfrentó con don Martín Alvarez de Sotomayor, que no le andaba lejos en conocimiento y práctica

---

(18) General británico G. A. Elliott, al que se hace referencia más adelante.

(19) Es copia de un óleo de Reynolds que pertenece a la *National Gallery* de Londres.

de guerra; paró después al duque de Crillon, cuya fama desde la toma de Menorca era mundial; en fin, desbarató la empresa daroniana, comentada y esperada ansiosamente en toda Europa; y todo eso le valió la baronía de Heathfield y la Orden del Baño. Y no es que el barón de Heathfield de Gibraltar se condujera en forma diferente a como antes ya lo hicieran otros generales que defendieron el Peñón durante los primeros sitios; es sólo el hecho de que el sitio desarrollado en 1778-83, reinando nuestro buen Carlos III, sirvió de coronamiento a los habidos en 1704, recién posesionados los ingleses del Peñón, y en 1727, cuando se agotaba la paciencia del rey Felipe V.

\* \* \*

Tan sencilla fué la entrada en Gibraltar de los que allí se presentaron en nombre del archiduque Carlos que la operación desarrollada contra la plaza en 1704 no ha sido catalogada por los historiadores como un acto verdaderamente bélico.

Nuestra Guerra de Sucesión no había cuajado aún. Estaba en plena evolución.

De Ceca en Meca andaban pregonando unos y otros los derechos y virtudes de las casas de Borbón y de Austria y los inconvenientes y perjuicios que sus respectivos adversarios traerían en caso de elección o aceptación definitiva, y —entre tanto— el príncipe de Hesse-Darmstadt fracasaba en un primer intento de ocupación llevado a cabo frente a Valencia y Barcelona. Y «asaz mohinos con este resultado, tanto el Landgrave como su almirante cruzaban las aguas del Mediterráneo en vergonzosa inacción cuando hallándose anclados en la rada de Tetuán, el 17 de julio..., se les ocurrió apoderarse de Gibraltar» (20), o más probablemente les pareció de perlas semejante idea al venir en conocimiento de que la plaza estaba abandonada, pues no de otra manera es posible calificar el hecho de que su jefe y gobernador, don Diego de Salinas, dispusiera sólo de cien infantes para defender sus muelles y murallas y de unos cuantos artilleros para el servicio de las piezas, en gran parte desmontadas o inútiles.

---

(20) FRANCISCO MARÍA TUBINO, *Gibraltar ante la Historia, la Diplomacia y la Política*. Sevilla, 1863, pág. 69.

Por supuesto, la decisión fué transformada en acción vertiginosa. El Landgrave intimó a la guarnición por medio de una carta, que fué honorablemente contestada; pero los cuatrocientos hombres movilizados de prisa por Salinas no fueron suficientes para enfrentarse con la flota combinada de Holanda y Gran Bretaña, puesta a las órdenes de Rooke, ni para contener a los soldados y marineros que se hallaban preparados para la acción, y así, Bartolomé Castañón, capitán de fama y armas tomar, no tuvo más remedio que ceder ante el empuje de la gente conducida por el comandante Jumper y el efecto producido en las diferentes obras por los treinta mil disparos de cañón que los navíos hicieron. Y todo sucedió en muy poco tiempo: el 3 de agosto fué lanzada la amenaza y la capitulación fué decretada a las cuarenta horas, si bien a base de que la guarnición saliente quedara autorizada a llevarse tres obuses con doce cargas y otras tantas balas.

Mas si este desgraciado hecho de armas, en que perdimos la fortaleza, no ha de ser considerado como un asedio, ni acaso como una operación de guerra, no cabe duda que dió lugar al onceavo sitio de la plaza, con lo que España, en vez de defensora, aparece en el citado 1704 como sitiadora del Peñón de Gibraltar, y esto cuando aún faltaban nueve años para la firma del Tratado de Utrecht.

La reacción de que se trata fué encomendada al marqués de Villadarias, y para ella fué organizado un ejército de doce mil soldados (nueve mil hispanos y tres mil franceses).

Los ataques empezaron por el Molino de Viento, sobre la orilla oceánica; pero la artillería de la defensa tuvo potencia suficiente para contenerlos. A estos ataques la escuadra cooperó; intervino brillantemente y su acción duró hasta el día y hora en que apareció la flota del almirante Lake, que tras porfiado encuentro con los navíos españoles y franceses quedó dueña del Estrecho.

En estas condiciones el marqués de Villadarias tuvo ocasión de realizar una interesante estratagema. Un *cabrero* se ofreció de guía en la montaña y prometió llevar hasta la cima a los soldados necesarios para atacar de arriba abajo, con las ventajas inherentes a esa mejor postura y a la circunstancia de no haber defensa alguna en la parte superior de la ciudad. Y en efecto, quinientos españoles se situaron a media altura, de noche y por la espalda, y se acogieron a la famosa cueva de San Miguel; pero los ingleses percibieron la maniobra, y antes de que otra gente se incorporara

a los que ya se hallaban cerca del Hacho éstos quedaron separados de su propia retaguardia y cercados definitivamente.

A pesar de todo hubo diversos duelos entre las baterías opuestas y aun entre las fuerzas de mar y tierra. Es más, recuperada la bahía, se proyectó un potente bombardeo para apoyar un nuevo asalto a la titulada Puerta de Tierra; pero los disgustos y las quejas resultantes de la aparición del mariscal Tessé, que había de hacerse cargo de la acción definitiva, originaron nuevas pausas e indujeron a levantar el sitio, lo que no tardó en hacerse, aunque dejando sobre el istmo un destacamento de importancia. Y es interesante consignar que cuando a tal extremo se llegó muchos sitiadores comentaban que «era imposible tomar la plaza sino embistiéndola por mar al mismo tiempo» (21).

\* \* \*

La proclama del príncipe de Hesse fué lanzada en nombre del archiduque Carlos, pero esto no evitó que Rooke tomara posesión de Gibraltar en nombre de su reina. El gran sentido práctico de los británicos les hizo hallar el modo de cobrar el buen servicio al enemigo del servido, si bien es bien seguro que de haber llegado el archiduque a ser Carlos III la suerte de la plaza hubiera sido semejante. Sin duda, el servicio fué una excusa y el gravosísimo estipendio fué la causa.

Lo cierto, sin embargo, es que la espina quedó clavada a fondo. Y quien mejor expone el sufrimiento de los innumerables españoles residentes en la plaza y en su campo es el famoso cura Juan Romero, de cuyas memorias sólo quedan varios párrafos transcritos por autores cuyas obras tienden a agotarse (22). El nos habla, en efecto, de la angustiosa vida del que «ha permanecido en su patria y es peregrino en ella», y nos explica de qué modo «oraba a Dios de día y aprovechaba las tinieblas para llorar» (23).

---

(21) TUBINO, *ob. cit.*, pág. 75.

(22) Don JUAN ROMERO y FIGUEROA, párroco de Gibraltar, dejó un diario manuscrito que sin duda estuvo en poder de AYALA y se perdió más tarde en ocasión de la presencia de los franceses en España.

(23) AYALA, *ob. cit.*, pág. 308.

Fuera el dolor cundía con semejante fuerza. España entera estaba alerta; su pesadilla era constante.

Felipe V se obstinaba en recobrar la población perdida, y para eso emprendió negociaciones que no fueron bienqueridas. La historia, en efecto, juzga de modos muy diversos —y hasta opuestos— su intervención en los debates resultantes de una famosa carta del rey Jorge I, y comenta con fruición y desfavorablemente las recomendaciones que él hiciera a sus varios embajadores en las cortes de París y Londres. Hoy incluso alguna gente asegura que hizo todo lo posible para conseguir la devolución de Gibraltar, y, por el contrario, hay quien demuestra positivamente que tuvo mucha culpa en que la plaza no se rescatara. Y lo triste es que es difícil entender en la materia *a posteriori*, porque los argumentos de ambas partes están preñados de sentimiento y no de razón.

Sin embargo, nadie puede negar que Felipe V tomó una parte activa en las negociaciones entabladas entre Londres y Madrid ni que las mismas estaban encauzadas hacia la idea de recuperar la plaza en poco tiempo. En efecto, no cabe interpretar de otra manera el hecho de que en nuestra corte se dijera oficialmente al embajador británico que la amistad entre España e Inglaterra «dependía únicamente de la pronta restitución de Gibraltar», ni dar otro sentido al hecho de que el monarca autorizara una reunión de generales y almirantes para estudiar el modo más seguro de lograrla.

Por supuesto, la forma en que la guerra dió principio no interesa a la presente narración. Importa sólo en cuanto a ella se refiere hacer saber que el conde de las Torres, llamado de Nápoles para emprender el sitio, tuvo a sus órdenes un ejército de diecisiete mil quinientos hombres, con no poca artillería.

El general citado se presentó ante Gibraltar el 13 de febrero del año 27, y «tiró sus primeras paralelas sin que le molestara el enemigo» (24). Pero el solo hecho de que iniciara una obra próxima a la torre denominada del Molino dió lugar a un mensaje del gobernador de la colonia, Sir Gaspard Clayton, en que éste manifestaba que «habiendo notado que Su Excelencia había empezado a abrir una trinchera para atacar la plaza», le prevenía que «si luego

---

(24) TUBINO, *ub. cit.*, pág. 139.

no hacía parar toda labor» se vería obligado «a tomar las medidas más convenientes» (25). Y aunque esto dió lugar a una durísima respuesta del conde de las Torres, en que aducía que la plaza no tenía otro distrito que el de su propia fortificación (26), lo cierto es que el sitiado «fulminó un terrible fuego de artillería sobre nuestros infelices trabajadores» (27).

Desde este punto nuevos esfuerzos y mayores concentraciones, y minas que los ingleses despreciaron, y muchísima labor encaminada a reparar estragos producidos por el fuego que emanaba de la cima, al cual era imposible contestar.

El bloqueo continuó durante marzo, abril y mayo, y cuando las baterías estuvieron terminadas se empezó la acción contra la plaza. Mas otra vez el resultado fué deficiente. No se pasó de acción de fuego, y el asedio tomó un carácter «tan costoso y desgraciado para España como el primero, por no haberse —han dicho muchos— atacado a la vez por mar y tierra, impidiendo la llegada de refuerzos de Inglaterra y de Menorca y de provisiones remitidas desde (tierras de) Berbería» (28). Y en vista de ello la orden fué dada para levantar el sitio, firmándose en San Roque (29) un armisticio, por el cual se estableció que las tropas sitiadoras y defensoras conservarían sus posiciones, y que por ser completa la incomunicación entre la plaza y su campo externo se llevarían a efecto mutuas visitas destinadas a comprobar que «no se hacían obras nuevas ni reparos» (30).

Y sólo queda por decir, plagiando al conde de Clonard, que «este malhadado sitio engendró en los españoles la convicción, tan triste como bien poco fundada, de que aquella plaza era incontestable, y esta convicción, que otro tiempo y otras amenazas

(25) Idem *id.*

(26) Con arreglo al artículo X del tratado de Utrecht (13 de julio de 1713), el Rey Católico cedió tan sólo «la entera propiedad de la ciudad y castillo, con su puerto y las defensas y fortalezas que le pertenecen», o sea sin campo exterior alguno, ni glacis o explanada para las obras. (En la última parte de este artículo figuran más detalles sobre este asunto.)

(27) Teniente general CONDE DE CLONARD, *Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería españolas*, Madrid, 1854, tomo V, pág. 177.

(28) TUBINO, *ob. cit.*, págs. 141 y 142.

(29) El día 23 de junio de 1727.

(30) TUBINO, *ob. cit.*, pág. 142.

han robustecido, es el más fuerte escudo que para su defensa tienen los ingleses» (31).

\* \* \*

El tercer asedio de Gibraltar inglesa tarda casi medio siglo en producirse. El deseo de recobrar lo nuestro está latente, pero las fluctuaciones de la política internacional no dan lugar al oportuno rompimiento hasta bien entrado el año 1778.

Como en ocasiones anteriores, Francia está de nuestra parte.

En la plaza, Augustus Elliott, cuya efigie conocemos del Convento, dispone de unos seis mil hombres para enfrentarse a los doce mil quinientos que, al parecer, integran el ejército de don Martín Álvarez de Sotomayor, y en la bahía una pequeña escuadra está a la vista del Peñón y es vigilada por las flotas de los almirantes don Antonio Barceló y don Juan de Lánara.

Estos últimos se ocupan del bloqueo, y entre tanto el general Sotomayor construye nuevas obras y en junio de 1779 inicia un fuego asaz potente contra las fuerzas instaladas al pie del escarpado, cerca del frente limitado por la laguna artificial y por la torre del Diablo, que habían sido ilegalmente rebasadas.

En octubre el efectivo de nuestro ejército sube a 20.000 soldados. Se instala un parque y una fábrica de bombas; se acumulan más cañones y más pólvora y los castillos de San Felipe y Santa Bárbara, a los extremos de la línea ocupada por nuestras baterías, son ampliados y reforzados, como también lo son las obras intermedias, Santa Mariana y San Benito especialmente.

Pero a pesar de todo los ingleses logran abastecer la plaza. El célebre almirante Rodney mete su convoy a viva fuerza. Y de resultas el entusiasmo nuestro decrece un poco. La gente de fuera empieza a darse cuenta de la potencia defensiva del Peñón y del trabajo realizado por los sitiados dentro y fuera de su masa. Los soldados españoles se percatan de que al otro lado del agua están los titulados «emplazamientos bajos», con «inmensa artillería montada en las mesetas que hai formadas en la falda del peñasco», y al mismo tiempo aprenden que desde ese sitio «corre una comunicación hasta la plaza, abierta en la dura peña, y sirviendo de trinchera, donde caben dos mil hombres, que sin ser vistos pueden

---

(31) CLONARD, *ob. cit.*, tomo V, pág. 177.



hacer continuo y seguro fuego de enfilada sobre el flanco del sitiador» (que avance) (32). Es más, aquella tropa «sabe bien que después del sitio de 1.727, satisfechos ya de la fortificación que mira al campo, volvieron (los ingleses) su cuidado a la punta de Europa, i escarparon la peña, i... donde no bastaba la altura de la roca suplieron con murallas» (33). Y todo eso sin hablar de asentamientos, ni de puertos ni de grandes baterías, de las cuales se hallan descripciones detalladas en no pocos libros de los tiempos a los cuales se refiere esta sinopsis.

Y no sólo decae el ánimo a causa de un pesimismo bien logrado por los agentes, sino que aún influyen las noticias procedentes de la retaguardia, creadas igualmente en consecuencia de la acción de una propaganda extraña que andando el tiempo se ha llamado «guerra de nervios». En aguas de Lisboa, en efecto, un comodoro de la marina británica da cuenta de que su Gobierno está dispuesto a ceder la plaza en condiciones no desfavorables, y el dicho da lugar a comentarios y a negociaciones muy variadas. Van y vienen mensajeros que traen encargos inseguros y acaban embrollando lo tratado directamente por el rey Carlos III o por sus plenipotenciarios y embajadores, y llega a circularse que Inglaterra entregará el Peñón a cambio de una suma equivalente a la gastada en fortificarlo, e incluso se asegura que esa suma asciende a diez millones de pesos fuertes, que equivalen a casi veintiún millones de libras esterlinas.

Mas nada es concluyente. Lo único cierto es que la voz del comodoro Johnstone no se hallaba respaldada y que la onda producida se apagó rápidamente. Es más, alguien llegó a lanzar que nuestro soberano había ofrecido a Gran Bretaña una paz basada en cierto intercambio de posesiones y colonias, pero que en respuesta se le había hecho saber que ni aun buscando tres semanas sobre un mapa era posible hallar un contrapeso equivalente a Gibraltar.

En estas condiciones resultaba necesario terminar o reaccionar. Mas para esto hacía falta un jefe de experiencia y de prestigio; alguien, a un tiempo, que franceses y españoles apreciaran, y se

---

(32) LÓPEZ DE AYALA, *ob. cit.*, págs. 368-69.

(33) *Idem id.*, pág. 370.

pensó en el duque de Crillon, francés de origen y que en servicio nuestro había reconquistado Menorca (34).

Y Crillon impulsó a la gente en forma tal que en poco tiempo —y bajo un fuego muy potente— llegó a abrir tres paralelas y a coronarlas con más de cien cañones, y al optimismo renacido con su acción vino a sumarse el resultante de una oferta muy curiosa para acabar la guerra en poco tiempo. Un francés llamado D'Arçon propuso, en efecto, conseguir el fuego necesario para aniquilar la plaza mediante un núcleo de baterías flotantes que por su construcción y su estructura iban a ser incombustibles y a estar en condiciones de resistir los terribles efectos de la pelota incandescente o bala roja.

Con arreglo a los grabados de la época las baterías en cuestión tenían dos filas superpuestas de a catorce piezas de cañón, y se hallaban abastecidas de conductos interiores para el agua y de varias bombas para inyectarla, y de troneras especiales para la recepción de víveres y municiones. Iban a moverse con remolque o con auxilio de una vela de pequeña envergadura, y habían de ser acompañadas por diferentes barcos cañoneros y por varias naves abastecidas de uno o dos morteros.

D'Arçon tuvo interés en que se realizara un ensayo previo, destinado a confirmar la incombustibilidad de su artefacto. Pero bien a causa de razones no sensatas, cuales fueron el peligro de que la pólvora se humedeciera o el ensayo produjera un mal efecto, o bien a consecuencia del rumor que circuló sobre la llegada del almirante Howe con treinta y seis barcos de guerra y doscientos y más veleros para abastecer la guarnición, lo cierto es que se renunció a la mencionada prueba y que el 13 de septiembre de 1782 las baterías flotantes desplegaron frente a la plaza dispuestas a empezar el cañoneo (35). «Montaban ciento treinta y ocho

---

(34) Duque LUIS DE CRILLON, nacido en 1718. Tomó parte en la guerra de los Siete Años; pero, ofendido con los franceses, pasó a nuestro servicio. Fué recompensado con el título de duque de Mahón, y murió en Madrid en 1796 (M. N. Bouillet, París, 1884.)

(35) Una obra publicada en 1785 y titulada *Conseil de guerre privé sur l'évènement de Gibraltar en 1782, contenant l'extrait d'une information générale sur toutes les circonstances de cette entreprise*, ofrece muchos datos interesantes sobre la discusión que antecediera y siguiera a la operación llevada a cabo por las baterías flotantes. En ella, MICHAUD D'ARÇON se justifica contra la crítica y las acusaciones que recayeron sobre él. (Bibl. de don Enrique Castillo, Algeciras.)

piezas y cinco mil cien hombres, y anclaron en dos líneas a una distancia (de las obras) de novecientas varas... Rompieron fuego vivo y las líneas (del ejército) secundaron a las flotantes, y bien pronto una densa nube de humo envolvió a sitiados y sitiadores» (36).

Hacia las doce las baterías inglesas contestaron. La famosa bala roja fué empleada.

En las primeras horas todo hizo pensar en que el éxito se hallaba asegurado. Los grandes armatostes parecían invulnerables; los proyectiles enemigos se incrustaban en su madera sin producir incendio ni vía de agua. Pero en vez de contentarse con la brecha conseguida en la muralla al poco tiempo de iniciado el bombardeo e insistir de nuevo al otro día, los dirigentes se obstinaron en lograr de prisa la victoria, y tantas balas recibieron las baterías flotantes que una a una empezaron a sufrir las consecuencias del calor y de los choques, y paulatinamente se iniciaron grandes incendios que fué imposible exterminar.

A las cinco de la tarde la «Talla Piedra» empezó a arder, y antes de medianoche habían volado espontáneamente o por mandato de su jefe las restantes: «Rosario», «Paula Primera», «San Cristóbal» y «Pastora» (37).

Y a partir de ese momento la suerte de la empresa estuvo echada. Durante varias horas «salieron de las aguas siete hogueras, cuyos siniestros resplandores iluminaban la ensenada... A su luz se distinguían escenas espantosas... Los desgraciados que estaban dentro de las baterías flotantes se encontraban entre dos escollos, a cual más peligroso. Unos se arrojaban al agua en busca de una tabla a que poder asirse..., y otros, menos audaces, permanecían a bordo... Los que lograban guarecerse en lanchas impedían la entrada a los otros desdichados... No había piedad ni compasión...: las manos eran segadas y los náufragos se hundían en la mar» (38).

En pleno bombardeo los ingleses realizaron grandes esfuerzos por salvar a gente nuestra. Pero a pesar de todo la hecatombe fué

(36) FRANCISCO MARÍA TUBINO, *Gibraltar ante la Historia, la Diplomacia y la Política*, Sevilla, 1863.

(37) Sólo se nombran las unidades de dos puentes; pero había cinco más con uno solo. No obstante, en el combate sólo intervinieron siete baterías. Las otras tres no estaban terminadas cuando fué iniciado aquél.

(38) FRANCISCO MARÍA MONTERO, *La Historia de Gibraltar y de su Campo*, Cádiz, 1860, pág. 362.

completa. Perdimos dos mil hombres y las naves preparadas para el ataque decisivo a Gibraltar.

A pesar de todo, el asedio continuó. A principios de 1783 fué incrementado el número de baterías terrestres, y hubo día en que se dispararon quinientas balas y doscientas bombas. Pero la resistencia era alimentada con los socorros que llegaban de continuo por el Estrecho y duró hasta que en Versalles, el día 3 de septiembre, se firmó una paz considerada ventajosa para España, a pesar de que la ansiada plaza quedara en manos de Inglaterra (39).

\* \* \*

Así fueron los tres últimos sitios que ha sufrido Gibraltar.

Conviene, sin embargo, hacer presente que tales sitios —números 11, 12 y 13 del conjunto histórico de aquella plaza— se diferencian poco al observarlos a distancia. El siglo XVIII, visto a mediados del XX, parece un lapso corto y escasamente evolutivo. Por mi parte he de realizar un pequeño esfuerzo para establecer en cada caso la diferencia habida entre los hechos acaecidos en 1704, 1727 y 1781. Pensando en ellos se me aparece una figura, y siempre la misma: un grabado del XIX en el que está la roca sobre el fondo, en toda su hermosura y su amplitud, y en el cual figuran diferentes baterías instaladas en Punta Mala, en Puente Mayorga y en el desierto en que hoy está La Línea, con otras tantas trayectorias —de punto y raya— que terminan sobre el pueblo y sus defensas con precisión fantástica, absoluta, y en primer término, admirando el fuego realizado por una de ellas, está a caballo un general, y hay un brillante estado mayor, y hay, en fin, palafreneros y artilleros. Mas, por supuesto, ni el grabado tiene detalle suficiente para ver si los soldados peinan peluca de varios rizos, según lo prevenido en tiempos anteriores, o llevan una trenza recogida y apretada, con arreglo a lo mandado en la ordenanza que regía a la sazón; ni yo sé distinguir si el caballero en su corcel es Villadarias o el de las Torres o el propio duque de Crillon. Para mí la estampa corresponde al siglo en que los tres últimos sitios se realizaron, y de ahí no paso, no indago más.

---

(39) La isla de Menorca, la costa de Honduras y ambas Floridas pasaron, de hecho, a nuestro poder.

Para un poco de contraste necesito remontarme; comparar lo expuesto con lo ocurrido antaño, durante la invasión de España por los árabes. A ella corresponden los otros sitios: diez primeros de la serie.

Tarik pasó el Estrecho y dió su nombre a Calpe en el año 711, y en la montaña se hizo fuerte y sentó la base del castillo y del núcleo que iba a ser una ciudad. Y esta es, en relación a Gibraltar, la primera operación que narran los historiadores, tanto españoles como árabes.

Dichos historiadores hablan poco del esfuerzo realizado por cada uno de los invasores musulmanes que siguieron a Tarik, y todo hace pensar que la montaña quedó en poder de Abderramán y los omniadas, fué conquistada por Yussuf ben Taksefin y los almorávides y pasó a manos de Abd-el-Mumén y los almohades, sin que hubiera asedios importantes ni operaciones realizadas con el exclusivo fin de apoderarse de la que ya empezaba, en los siglos X y XI, a merecer honores de plaza fuerte. Y esto se debe más que a ausencia de tales sitios y operaciones al hecho de que la empresa jalonada por las batallas de Calatañazor (1002), Alarcos (1195) y las Navas de Tolosa (1212), aunaba en forma tal los entusiasmos y pesares que nadie se interesaba a fondo por lo que sucedía en el Estrecho.

A consecuencia de ello el que ha recibido el título de *primer sitio* de Gibraltar resulta ser el puesto por las huestes españolas en 1309.

La amistad y el parentesco habido entre Alfonso VI y Almotamid llevaron a aquél hasta las aguas de Tarifa, donde, a caballo, llegó a la orilla gritando victorioso: «¡He rebasado la última tierra de Andalucía!» Pero hasta después de la conquista de esa plaza por Sancho IV (1292) no hubo caso de acercarse a «la montaña».

No obstante, la coyuntura tarda poco en presentarse. Fernando IV de Castilla, sucesor de Sancho el Bravo, aprovecha el éxito alcanzado por don Alonso Pérez de Guzmán en la defensa de su feudo, y la circunstancia de encontrarse Gibraltar desamparada, para disponer que el célebre caudillo antes citado se apodere del castillo, y así, los castellanos y andaluces lo ocuparon prontamente y colocaron dos pedreros en su explanada con intención de disparar contra la llamada «torre de la Calahorra» y contra la mis-

ma población. «compuesta en ese tiempo del barrio de Villavieja y del otro de la Turba» (40).

Los de abajo se defendieron con bravura durante más de un mes, y hubo choques muy sangrientos; pero estrechados por las galeras de Aragón y Portugal, y sin asomo de esperanza, se entregaron al propio rey Fernando, que acudió en persona, con su estandarte y los pendones mesnaderos, para entrar con mucha pompa y admirar la fortaleza.

El *segundo sitio* fué establecido por un reciente usurpador del reino de Granada, Ben Nasir, que preparando guerra santa a los cristianos trató de apoderarse de la plaza (1316), si bien se vió obligado por los refuerzos anunciados desde Castilla a levantar de prisa el cerco.

Luego hubo unos años de reposo. Pero un cierto Vasco Pérez, alcaide a la sazón de Gibraltar, lejos de cumplir el deber impuesto por su monarca de reforzar cuanto pudiera la defensa, «empleó sus libramientos en comprar haciendas..., y llegó a tanta codicia que vendió sus víveres a los moros, quienes los adquirirían con la doblada intención de sorprenderlo desprevenido» (41). Y a consecuencia de eso Abdul Malic —emir de Ronda y de Algeciras— cercó la plaza (en 1332), dando origen de este modo al *tercer sitio*.

Este fué penoso y duró algún tiempo. Se luchó lo más posible; pero «como eran pocos los cristianos, estaban muy quebrantados con las continuas velas de noche, asaltos de día i trabajos incesantes en restablecer las obras derribadas por las máquinas de los infieles.... i llegó la hambre a tal extremo que se comieron las cubiertas de los escudos, remojadas y cocidas» (42). Y así ocurrió que Vasco Pérez, desesperando del socorro, trató con su adversario y le entregó el Peñón.

En vista de eso Alfonso XI, rey de Castilla —al cual me he referido anteriormente—, envió un destacamento de ricos hombres y caballeros que no tardaron en pasar el Guadarranque. Hubo un encuentro interesante al pie de Sierra Carbonera, y rechazado sobre Algeciras el ejército del propio Abdul Malic, el monarca decidió iniciar el *cuarto sitio* (1333).

Los ballesteros desplegaron en la zona intermedia entre la sie-

(40) Nota tomada, probablemente, de la obra de ROMERO.

(41) LÓPEZ DE AYALA, *ob. cit.*, pág. 133.

(42) LÓPEZ DE AYALA, *ob. cit.*, pág. 138.

rra y el macizo, y al poco tiempo «executóse felizmente el desembarco (en los arenales que pasada la villa están al Mediodía), pero (los asaltantes) no tuvieron igual suerte una vez desembarcados, porque los primeros no aguardaron a los restantes, i (así) como llegaron se subían a la altura..., imprudencia que advertida por (los) infieles..., acometieron (éstos) a los pocos que quedaban en la ribera», y sembraron entre ellos un imponente desconcierto... «Muchos huyeron, metiéndose en el agua..., i se ahogaron..., i los que habían subido se quedaron sin tener comunicación con el real de los cristianos» (43).

La situación era difícil, ya que Algeciras —muy cercana— seguía en poder del enemigo, y por eso, al no acabar de prisa la conquista, don Alfonso tuvo que ceder y levantar el cerco y así ponerse en condiciones de volver la vista hacia el peligro principal.

Verificóse la batalla del Salado (1340), y Algeciras la citada cayó en manos del monarca (1344), y sólo de este modo Alfonso XI pudo pensar de nuevo en Gibraltar.

Así lo hizo —no sin vender primero algunas villas y castillos para lograr los fondos necesarios—, y empezó los preparativos del *quinto sitio*, un cerco en toda regla y bien montado. Pero a causa de la peste que invadió a su ejército comenzaron las intrigas para cesar la lucha, y contra ellas se vió en la precisión de realizar un gran esfuerzo, que desgraciadamente no llegó a proporcionarle el resultado apetecido. Cayó malo y murió de la espantosa landre (1350), cuando estaba a punto de llegar a la victoria. Y «poco faltó —refiere el historiador Ebn al-Katib— para que don Alonso no sometiera la península de España», y eso hubiera conseguido «si Dios sapientísimo no hubiese mirado por los mahometanos... con la muerte del mismo D. Alonso» (44).

El *sexto sitio* (1411) fué decretado y puesto por Yusuf, rey de Granada. Los gibráltareños habían llamado a Abu Saíd, emperador de Fez y Marruecos, para tratar de sacudirse el yugo del primero. Pero sin duda mal informado sobre los efectivos disponibles, Abu Saíd vino en seguida a Gibraltar, con lo que suscitó la indignación del granadino, que movilizó un ejército y lo puso en manos de su hijo, el príncipe Hamed, que a su vez cercó la plaza y tomó la fortaleza.

(43) LÓPEZ DE AYALA, *ob. cit.*, pág. 141.

(44) LÓPEZ DE AYALA, *ob. cit.*, pág. 164.

El *séptimo* (1436) fué empresa realizada por el tercer conde de Niebla, don Enrique Pérez de Guzmán, que poseedor de inmensas fincas en el Mediodía de España y «exclusivo concesionario de almadrabas entre Tarifa y Huelva», se dedicó a una operación de guerra por cuenta propia para evitar las incursiones y los daños que le acarreaban los tripulantes de las ágiles y veloces *zabras* (45), que sabían aprovecharse de los vientos favorables para llenarse de botín y «refugiarse luego en las atarazanas de la plaza» (46). Y por supuesto, el resultado fué desastroso. Las huestes principales tomaron tierra en las *arenas coloradas*, mientras que el istmo era ocupado por don Juan Alonso de Guzmán, hijo del sitiador. Las galeras cooperaron debidamente, pero el ataque fué contenido y la gente que había desembarcado se tiró al agua para librarse de las saetas de los moros. El conde de Niebla murió ahogado, y su cadáver quedó expuesto mucho tiempo en el castillo, colgado entre dos almenas como trofeo de guerra.

Poco después (1462) se repitió la tentativa. Las casas de Arcos y de Medina Sidonia tomaron el acuerdo de conquistar la plaza, y esto hicieron con argucias en que tuvo buena parte un moro descontento, conocido por el seudónimo de Alí el Curro. Gibraltar cayó y el duque de Medina Sidonia y el señor de Niebla se libraron de las andanzas de los árabes. Pero al poco tiempo las dos casas se olvidaron de sus buenos compromisos, y los agravios comenzaron y estos agravios facilitaron la intervención de Enrique IV, que incorporó la fortaleza a su corona.

Este hecho se ha llamado *octavo sitio*, y se asemeja un tanto a los *noveno* y *décimo*, en que intervino sólo el de Medina, dispuesto eternamente a rescatar lo que él consideraba suyo a consecuencia de los hechos muy gloriosos de sus dos antecesores en los sitios *siete* y *uno*.

En el *noveno* (1467) los vecinos protegieron sus hogares, y luego de perderlos se fueron al castillo y después se refugiaron en la torre del Homenaje, en que lucharon durante casi un año, dirigidos por su alcaide Villacreces, que —vencido finalmente— fué encerrado por el de Niebla en la mazmorra de la vieja fortaleza en que había defendido los derechos de su rey.

---

(45) Embarcaciones con dos palos, que eran empleadas por los piratas argelinos y marroquíes.

(46) JOSÉ CARLOS DE LUNA: *Historia de Gibraltar*, Madrid, 1944, página 164.



Con su maestría Isabel la Católica logró de nuevo que el Peñón y las defensas se incorporaran a su corona. Llegó incluso a eliminar las desavenencias entre las casas de Arcos y Medina, y al jefe de ésta hizo marqués de Gibraltar. Pero muerta la admirable reina, el duque se aprestó a reivindicar mediante lucha armada el derecho que la corte le había negado, y preparó el *décimo sitio* (1506), que escasamente duró tres meses y no cambió la orientación impuesta previamente.

Por último, en el año 1540 tuvo lugar un simple asalto, llevado a efecto por los turcos. La operación fué conducida por un tal Caramaní, que en tiempos había sido esclavo del alcaide de la plaza, don Alvaro de Bazán, padre del marqués de Santa Cruz. Gibraltar fué sorprendida por los piratas, que llegaron hasta su centro, penetrando subrepticamente por las entradas indefensas. Los almacenes fueron saqueados y muchas casas arrasadas. Pero de ahí no se pasó: hablóse de rescate o reconquista y a tiempo los turcos se evadieron ante la amenaza de la gente que llegaba de Medina, de Jimena y de otros pueblos inmediatos.

Este asalto fué más breve que el realizado por los aliados en 1704, y no merece el calificativo de *onceavo sitio* que algunos han querido concederle (47).

Y esto dicho, intento epilogar.

Pensando en ambas series no parece fácil hacer comparaciones terminantes. Maravillas y defectos en los diferentes sitios se presentan por igual en ambas épocas. Con frecuencia la escasa previsión y la inconsciencia son las causas del fracaso, y casi siempre la unidad de mando y el buen espíritu motivan la victoria.

En el S. 2 y el S. 9 —y perdón suplico por recurrir a semejante sigla antonomástica— todo empieza sin la fuerza necesaria para alcanzar un resultado concluyente. En el S. 4 y el S. 7 la operación es conducida en forma ligera e impremeditada. En los 11 y 12 no existe el indispensable espíritu de cooperación entre españoles y franceses. En el 13, en fin, la flota y el ejército actúan con absoluta independencia.

Mas no todo es negativo. La templanza de Guzmán el Bueno en 1309 (S. 1) y la admirable perseverancia de Alfonso el Justicie-

---

(47) A consecuencia de lo dicho, varios historiadores designan como 12, 13 y catorceavo sitios, a los 11, 12 y treceavo del siglo XVIII.

ro al medio siglo (S. 5) contrastan fuertemente con la indignidad de un Vasco Pérez en 1333 (S. 3) y la osadía de un Medina en 1506 (S. 10). Y en cuanto se refiere a los tres sitios del XVIII (números 11, 12 y 13), no estará de más hacer constar que, a diferencia de otros varios, hubieron de montarse sin la ayuda de españoles residentes: éstos se habían ido al perderse Gibraltar.

\* \* \*

Basta de sitios. Paso a otro mundo, en busca de horizonte.

Un *Geographic Magazine* llega a mis manos con un artículo interesante sobre Corea. Sus preciosas fotos en colores me recuerdan un paseo llevado a cabo hace ya un cuarto de siglo en un landó desvencijado y forrado de seda amarilla, junto a un oficial de Estado Mayor nacido en Kobe y que tenía el encargo de acompañarme a visitar al gobernador de Seul y a otras varias autoridades.

El trabajo está hecho un poco antes de que las fuerzas de Corea septentrional rebasaran el famoso paralelo 38, «la línea imaginaria —dice su autor— que atraviesa ríos, cruza montes, divide poblaciones y pasa por lugares donde nadie se ha enterado de su existencia». Pero ese trabajo no arguye sobre historia, es objetivo únicamente.

La historia de Corea empezó unos cuantos siglos antes de que la diosa Amaterasu consiguiera refugiarse en la cueva misteriosa que iba a librarla del peligro originado por la ambición de sus mitológicos parientes. Y dicha historia está basada en una constante desavenencia entre el Japón y el Celeste Imperio, que a *tour de rôle* dominan la península o predominan simplemente en su política. Las primeras guerras de Corea tuvieron por objeto resolver conflictos esporádicos entre la dinastía china y los *shogunes* japoneses, y entonces los indígenas de la Mañana Hermosa —que es la traducción del nombre verdadero de Corea (Keid-chó)— asistieron a aquellas guerras como espectadores tristes y pacientes. Pero estotra lucha habida en la península citada es un conflicto entre países más potentes: Norteamérica y la U. R. S. S., y ocurre que esta vez los coreanos se hallan obligados a echar toda su carne al asador.

Y a propósito, es interesante consignar que la última fotogra-

fía del artículo en cuestión es la del curiosísimo *Duk Soo* —casa imperial o residencia del «potente forastero»—, que sirve de base a las banderas de aquellas dos naciones, banderas desplegadas por el viento precursor de la contienda.

\* \* \*

Un diputado del Labor Party —según la prensa gibraltareña— dice en plena Cámara que la responsabilidad de la campaña no recae sobre los coreanos bolcheviques, sino sobre los Estados Unidos, que han ofrecido ayuda a los del Sur. Y en su discurso no menciona a Rusia. Sin duda, la desprecia (*sic*).

En todo caso el asunto de Corea refluye intensamente sobre el Pacto del Atlántico. Los primeros disidentes han aparecido —como acabase de ver— en el propio Parlamento de Inglaterra, y ocurre que esa disidencia tiene también su historia, de la que sólo nos importa el último capítulo.

Cuando se efectúa en Gibraltar el relevo de la escuadra americana que tiene a cargo la vigilancia del mar Mediterráneo, se reúnen tantas naves como cuando se desarrollan las maniobras combinadas entre la *Home Fleet* y la de Malta. Con *rammarico profondo*, los ingleses hablan de los tiempos en que una sola de sus flotas era más numerosa y más potente que las de medio mundo concentradas. Ven llegar los portaaviones procedentes de Turquía o de Florida, y sienten la nostalgia de los tiempos que pasaron. Hablan de ello sin rubor. Se dan incluso cuenta de que en aquellos tiempos su flota era indispensable en consecuencia de las bases que jalonan la interminable línea que empieza en Plymouth y termina en Singapur o más allá, mientras que ahora el «Midway» y el «Roosevelt» vigilan mares en los cuales Norteamérica no tiene posesiones ni colonias ni el menor protectorado. Y es que no le hacen falta. El mundo es suyo, al menos la parte que no es rusa, pues las noticias de Corea son poco seductoras. Los coreanos bolcheviques han rebasado completamente la famosa línea imaginaria que dividía su antiguo imperio, y de momento la prensa proporciona la impresión de que los otros —los demócratas— se han esfumado en parte, dejando en lugar suyo a los especialistas yanquis que habían llegado con armamento, dispuestos a entregárselo.

¿Qué pasa?

Nadie se atreve a pensar que los coreanos meridionales se están pasando velozmente al otro lado. Sin embargo, ayuda a creerlo el hecho de que hubiera guerrilleros en el Sur, cuando aún estaba intacto el paralelo 38. Y también ayuda el bajón que ha dado la libra.

\* \* \*

Las operaciones de Corea han empezado como en los viejos tiempos. Fuerzas terrestres han rebasado la línea fronteriza sin molestarse en emprender la ruta aérea ni exponerse a las incidencias de un pequeño sitio inesperado. Al contrario, ellas son las que han establecido los primeros cercos de carácter táctico, sin más que adelantarse hasta llegar a las defensas enemigas. Y en esta marcha los carros de combate han rebasado fácilmente a los del Sur, a pesar de los *bazookas*, de los cuales se esperaba mucho más que lo obtenido.

Yo no contaba, por supuesto, con esta lucha semifría o templadita, en que todo empieza como en épocas pasadas, sin maquinismo, ni torpedos aéreos, ni grandes bombas incapaces de prolongar la guerra mucho tiempo. De haber pensado en Corea como teatro inesperado de operaciones me hubiera dicho que se hallaba la cuestión solucionada sin más que aprovechar los restos anteriores: la chatarra ya olvidada en las Marianas, y en Okinawa, y en las innumerables islas orientales que ya no pertenecen al Japón. Pero todo se ha llevado a cabo en otra forma. Es más, la admirable situación de aquellas islas, como bases que amenazan al citado imperio y a la interminable costa asiática, se ha convertido en un peligro para los medios que se encuentran acumulados en ellas. Un solo bombazo es suficiente para destruir los almacenes de una isla entera y así anular sus posibilidades ofensivas. Y en estas condiciones, ¿se ha iniciado una retirada americana hacia una zona más lejana o más segura? ¿O se espera a que la guerra se caliente un poco más antes de usar la fuerza bruta concentrada en los depósitos situados en el Pacífico?

Imposible contestar. Yo no busco soluciones militares. Y los grandes directores de contienda se preocupan sólo de resultados políticos. Truman no se atreve a utilizar su gran potencia. No tiene objetivos estratégicos. Sabe además que la bomba atómica definirá su entrada en el conflicto. El que lance la primera habrá

hecho hervir la lucha, y su contrincante podrá achacarle que ha movilizadado a la gente sin más objeto que el de cooperar —según los casos— a su ambición imperialista o a su injusta orientación capitalista.

Los intereses militares y políticos son terminantemente opuestos en América. Esta necesita la victoria sin llegar a hacer la guerra. Sabe ya que de otro modo la ofensiva es peligrosa; casi tan peligrosa como una gran derrota.

Y en estas condiciones, ¿qué es lo que más conviene?

\* \* \*

Ignoro si es preferible dejarse tambalear por la corriente, en la esperanza de que el agua ayude a no alejarse de la vena en que su fuerza es más potente y su rapidez mayor..., o si conviene más ser recto como una flecha o una granada, que va por donde quiere y no hacia donde la conduce el aire en que se mueve. Por supuesto, lo primero es más seguro y más tranquilo, mientras que lo último es un tanto peligroso. Aquello acaba siempre en plena mar o en la rebalsa, y estotro se liquida en la catástrofe. Y, sin embargo, la corriente —o *lo corriente* diríase mejor— es la buena senda para el bruto, que no tiene voluntad ni inteligencia y que vive de su instinto, al tiempo que la trayectoria rectilínea es más decente para el hombre, que conoce su deber y no quiere soslayarlo.

Y en efecto, cuando una cima es alta y se la quiere apasionadamente, lo rectilíneo atrae.

\* \* \*

Antes de llegar a la frontera me he parado un poco y he contemplado los paredones de la roca. Hacía tiempo que deseaba hacerlo.

Nuestro «campo militar», junto a la Aduana, es un perfecto observatorio. Se ve bien el escarpado; el escarpado famoso, por el cual subían y bajaban nuestros almogávares en 1333, durante el cuarto sitio de la plaza; el que puso Alfonso el Justiciero, avergonzado de haber perdido la fortaleza conquistada por su padre, Fernando el Emplazado.

Ese escarpado es impresionante. Es vertical. Es casi liso. No

se concibe una línea de comunicación contra su cara ni se comprende el famoso sube y baja de la gente y de los bultos destinados a los relevos, y a abastecer de víveres, y a evacuar enfermos y heridos, y a retirar lo inútil; y, sin embargo, se trata de una operación sencilla, que sin disparos se efectuaría en nuestros días fácilmente (siempre a condición, bien entendido, de hallarse en posesión de la explanada necesaria para montar una garrucha y manejar el cable correspondiente).

Después de un rato me parece reconocer el sitio que fué elegido. Creo distinguir el camino semicubierto que enlazaba la arribada con el glacis que aún domina al castillo de los árabes. Ese camino está desenfogado de la famosa Torre del Homenaje, que dió lugar a acciones muy sangrientas y era siempre el objetivo de los nuestros cuando querían apoderarse de la villa. Se ve, en efecto, la masa cubridora y la base de partida, y se dibuja la maniobra destinada a colocarse contra el muro con objeto de arrancar las piedras de la esquina a fuerza de paciencia y de valor. Y eso viendo se pasa a meditar sobre la terrible angustia del monarca, obligado a premiar con oro a los que poco a poco abrían el boquete necesario para penetrar en la obra y enfrentarse con los moros defensores.

En la sazón aquella, no existían las troneras que flanquean el sitio correspondiente a esa escalada. No tenían razón de ser. Pero a partir de las primeras armas de fuego, o sea desde el momento en que empezaron los grandes sitios del siglo XV, la subida por la zona a pico más inmediata a la bahía no fué ensayada. El camino aéreo está batido. Para escalar será preciso —a partir de aquella fecha— trasladarse hacia Levante y venir en busca de la parte en que el recorrido vertical se cuadruplica y en que si bien la operación es concebible para una patrulla de hombres elegidos, no lo es para unidades de consistencia suficiente para hacerse fuertes en la altura contra gente establecida en buenas defensas y bien provista de armas automáticas. En efecto, es muy poco probable que una limpieza absoluta del recinto superior pueda efectuarse con aviones. Hoy en día no parece fácil realizar una preparación aérea de potencia suficiente para llevar a término esa misión. Se empieza a hablar de armas atómicas para las pequeñas operaciones tácticas, pero es difícil imaginarse tal empleo sin exponerse al otro filo.

La cuestión de la escalada ha estado frecuentemente sobre el tapete. Se ha discutido mucho sobre las posibilidades de una ope-

ración de semejante envergadura. En los Alpes dolomíticos y en los trentinos se realizaron ascensiones formidables. Habían pasado bastantes años desde el armisticio cuando pude recorrer toda esa zona, y aún estaban orgullosos los austriacos e italianos que se batieron en la primera guerra de las proezas realizadas en los altos paredones del Tofana y del Cristalino, del Pasubio, del Lavarone. Las relataban con entusiasmo, y daba gloria oírles recordar sus maravillas. Mas siempre tuve la impresión de que se trataba de acciones esporádicas, realizadas con pequeños contingentes y destinadas a una simple voladura o a un ataque aislado y de escasa enjundia.

Sin duda, en guerra se hacen cosas imprevistas. ¡Cuántas veces se oyen episodios que parecen irrealizables! Mas cuando pasan años o milenios y las aguas sedimentan, y el fondo se modela y adquiere consistencia, surgen hechos que parecen legendarios, y que lo son en todo cuanto se refiere a su belleza y su amplitud. El poeta únicamente los disimula con el arte que les dió inmortalidad. Cuando quiere enaltecerlos abusa de ellos y los convierte en cosa inverosímil. ¡Sabe Dios lo que hizo el Hércules, a quien se atribuyó la formación de Abyla y Calpe!

Todo es posible, digo. Pero a condición de hallarse todo bien dispuesto y que el secreto no trascienda.

De otro modo se está expuesto a fracasar. Y la historia de los sitios del Peñón de Gibraltar es en gran parte —ya lo dije anteriormente— la de una serie de fracasos ruidosísimos, que son interesantes para el futuro nuestro y para nuestra misma educación prebélica.

Ahora es tarde para volver sobre ellos, así es que me contento con recordar una ligera anécdota que se ajusta a lo anterior divinamente. Es de una época en que ya se utilizaban los cañones y la pólvora, pero en que su empleo estaba reducido al lanzamiento de «pelotas». No sé quién me la ha contado.

Espanoles y franceses eran aliados. Bajo los Borbones, se habían unido y se disponían a recuperar la plaza recién perdida en consecuencia del Tratado de Utrecht (1713). En estas condiciones, ambos núcleos discutieron sobre los métodos mejores. Se habló de acción naval, de desembarcos, de bombardeo, de operaciones combinadas y de un sitio en toda regla. Hubo mucha controversia en los Consejos sucesivos. Hubo partidarios y entusiastas de los sistemas más opuestos. Y todo estaba ya resuelto y acordada una ofensiva lenta desde el mar y desde tierra, basada en mucho fue-

go, cuando un jefe nuestro se ofreció para un asalto formidable, en que el éxito —según decía— iba a ser función de la bravura de los que estaban ya dispuestos a empezar. De otra parte, su espada era suficiente para eso y para más.

El personaje en cuestión insistió muchísimo. La idea tuvo alguna aceptación, y alguien se decidió a hacerla presente al jefe supremo del Ejército. Pero éste, muy calmado y ponderado, contestó no más: «Decidle que el general está conforme y ya no hablará más de su proyecto.»

Y así fué.

\* \* \*

Vuelta a lo mismo.

Después de contemplar el panorama próximo pasé la Aduana inglesa y continué la marcha.

Esta vez miraba sin detenerme. La pendiente en que se encuentra el famoso camino de los almogávares y la otra superior, que lo bordea, están llenas de obras modernísimas, que no es posible describir ni conocer. Pienso en las armas automáticas y en los diversos medios utilizados para dirigir las baterías modernas. Pienso en el radar, en los grandes receptores, en los puestos subterráneos, en los depósitos, y... sigo mi camino.

La calle Real está cuajada de banderas y hay mucha gente. La feria se parece a la de un pueblo de Castilla. No me interesa, por supuesto. Aún estoy pensando en los tremendos paredones y en las escaladas portentosas que he visto realizar en nuestra Escuela de Montaña.

Cruzo la plaza del Teatro y, por instinto casi, entro en la Biblioteca Militar.

Son las seis, y es tarde para el té. Cojo al azar un *Daily Telegraph* y el número de junio del *National Review*. Echo un vistazo al índice, sin olvidarme de lo mío, y casualmente leo: «The Hedaye Tapestry. Hitler and Spain». El artículo está firmado por Ian Colvin, a quien no sé localizar.

Son comentarios sobre la entrevista del 23 de octubre del 40, en la cual se habló muy extensamente de la posible ocupación de Gibraltar. El articulista asegura que los alemanes no avanzaron inmediata y resueltamente hacia el corazón de España y camino del Estrecho porque nada conseguían sin poseer Iberia entera. Ne-



cesitaban toda la península. La invasión de nuestro suelo era inútil si no entraban igualmente en Portugal. De otro modo el desembarco aliado se hubiera producido en sus diferentes puertos occidentales, y las tropas alemanas hubieran visto su flanco derecho seriamente amenazado.

No obstante, Hitler se propuso concretar. Quiso fijar la fecha. Pero el tren estaba en marcha y Franco le decía: «Lo pensaré... Le escribiré muy pronto.» En la fotografía correspondiente se ve su gesto negativo y la expresión del Führer, enfurruñado y serio.

Mas esto no es lo principal.

El artículo me recuerda mi «Trocha o el camino», que publicó ESTUDIOS POLÍTICOS hace unos años. En él no pude hablar concretamente. Sé que lo escribí pensando en el simpático marino de cabellera cana y mirada penetrante que me ayudó con tanto afecto durante mi visita a Rusia y al campamento de los Lagos Mazurianos, en que Hitler residía. Y sé que entonces no me atreví a decir muy claro que él me hizo comprender que no debíamos entrar en la contienda.

Mas ahora todo se divulga. Según el *National Review*, Canarias hizo cuanto pudo por demostrar al Generalísimo y al general Vigón que nuestra intervención hubiera sido estéril, y esto ocurría al mismo tiempo que él viajaba por España con objeto de estudiar la situación y darse cuenta de nuestras necesidades bélicas. Según el propio Colvin, el almirante se clareó constantemente con nosotros. Pero esto es sólo cierto en forma limitada. De otro modo la condena que sufrió por su cooperación en el regicidio perpetrado en 1944 se hubiera adelantado y hubiera sido justa.

En todo caso estoy conforme con Abshagen, biógrafo del célebre marino (48), según el cual es evidente que el jefe de la Wehrmacht no pudo sospechar que un personaje de importancia se opondría a su deseo de intervenir en Gibraltar pasando por España. Y también estoy conforme con el comentario de Colvin sobre la cara de Mason-Mac y el posible gesto de Lord Tempelwood (49) cuando conocieron lo ocurrido en su verdadera forma.

---

(48) KARL HEINZ ABSHAGEN: *Canaris, Patriot und Weltbürger* (Stuttgart, 1949).

(49) SIR F. N. M. MASON-MACFARLANE, gobernador de Gibraltar a la sazón, y SIR SAMUEL HOARE, embajador británico en Madrid, cuando se hablaba de la cooperación germana para la recuperación del Peñón.

Pero aún falta saber si todo es cierto. Y en esto no me meto, que padres tiene la Santa Madre Iglesia y... yo no soy historiador, ni mucho menos.

\* \* \*

La mentalidad británica es curiosa al compararla con la nuestra. Liddell Hart acaba su *Other side of the Hill* (50) diciendo que los generales alemanes de 1939 a 45 formaron la pléyade más perfecta que la profesión castrense ha producido, y asegura que aunque ellos mismos hubiesen superado su propia calidad en función de una comprensión más amplia o más profunda de la historia o de los hechos, sólo hubieran conseguido —de ese modo— *convertirse en filósofos y dejar de ser soldados*.

Después de eso la interesante apología de Rommel, escrita por Desmond Young y prologada por el mariscal Auchinleck (51), ha tenido un éxito rotundo en Inglaterra.

\* \* \*

El que va a La Línea por vez primera se queda sorprendido ante la enorme verja que separa la posición inglesa del *Campo Militar* (52), que le precede (a nuestro lado). Se trata de una frontera que da una cierta sensación de guerra o de estado prebélico, o por lo menos de una situación difícil y en que las relaciones son tirantes o al menos complicadas. Y es que nuestros nidos son un poco escandalosos y la alambrada sigue extendida como en la fecha en que se hallaba muy latente la ofensiva o defensiva presursora de operaciones importantes en las que España pudo verse envuelta a pesar de su política de paz.

Nuestra guardia fronteriza está alejada de la verja. Pero a pesar de todo los carabineros españoles y los agentes de la Aduana inglesa están en la armonía más perfecta para cuanto se refiere a avisos mutuos y a pequeñas trapisondas que es preciso perdonar.

---

(50) *Cassell and Co.*, 1948.

(51) *Collins*, 1950.

(52) Este nombre ha sido adoptado para evitar el de *Campo Neutral*, que, influenciados por Inglaterra, habíamos tolerado previamente, con detrimento grave de nuestros intereses políticos y militares.

Los coches pasan en silencio y las colas suelen ser bastante largas, sin que esto impida que salga de la plaza mucho más de lo preciso y que por encima de las púas que coronan la enorme verja pasen bultos o paquetes que a veces permanecen varias horas abandonados en tierra y esperando que su dueño los recoja. Dos palabras intercambiadas a última hora pueden dar lugar a un buen negocio o a un par de tiros, pero al día siguiente nadie podrá ver en la manera de encontrarse la clase de amistad que ha originado el asunto o el rescoldo habido en consecuencia del negocio fracasado. En fin, la zona entera que separa a ambas Aduanas es algo así como una tierra en que todo se tolera o se prohíbe, según el trato o la manera de abordarse o según la hambre o la calma o la poca o mucha luz que tapa o que descubre el famoso campo de los nidos y del espino que ha quedado sin recoger desde la guerra. Hasta el viento y la marea y hasta la fase de la luna y la altura a que se encuentra influyen sobre el modo de allanar «asuntos» en nuestro Campo Militar de la frontera.

\* \* \*

La frontera militar no está de acuerdo con los tratados.

He oído numerosos cuentos sobre los vaivenes de la misma, pero después de rebuscar a fondo en los poquísimos papeles disponibles he deducido que las variaciones ocurridas en los dos siglos y medio de ocupación británica son casi nulas. Los ingleses impusieron desde un principio condiciones arbitrarias, y el tiempo ha servido para darles estado perenne. Hemos protestado contra las humillaciones soportadas, pero el resultado conseguido ha sido nulo.

El Tratado de Utrecht, firmado en 13 de julio de 1713 por el duque de Osuna y el marqués de Monte León (representantes ambos de Felipe V), estableció en forma tajante que el Rey Católico cedía... a la Corona de Gran Bretaña la plena y entera propiedad de la ciudad y castillo de Gibraltar, juntamente con su puerto y las fortalezas y defensas que a la sazón le pertenecían (53).

---

(53) El art. 10 del tratado en cuestión empieza como sigue: «El Rey Católico, por sí, y por sus herederos y sucesores, cede por este tratado a la Corona de Gran Bretaña la plena y entera propiedad de la Ciudad y Castillo de Gibraltar, juntamente con su puerto, defensas y fortalezas

Resulta, pues, de ese Tratado que la zona correspondiente al istmo y toda la bahía (a excepción del puerto) siguen —desde siempre— en manos nuestras. Y, sin embargo, la historia de las diferentes fluctuaciones ocurridas en las zonas marítima y terrestre de la frontera están basadas en las variadas interpretaciones que los políticos y embajadores han pretendido dar a aquellos párrafos tan claros y concluyentes.

Inglaterra ha conseguido a fuerza de insistencia y de argumentaciones verdaderamente extrañas que tales párrafos dijeran —significaran, mejor dicho— que el istmo se tenía que dividir entre ella y nuestra desgarrada patria, y que los mares inmediatos —casi en contacto con el litoral de España— habían de pertenecerle para siempre. Y su potencia le ha servido para discurrir de esa manera y... lograr lo que deseaba.

Por supuesto, esa conducta es diferente a la seguida por nosotros. El Tratado, según lo dicho, se refiere solamente a la ciudad y a sus defensas y fortificaciones, con lo que es dudoso que la altura y la parte meridional de la enorme roca pasaran de hecho a manos británicas. Es más, las memorias referentes al segundo sitio (1727-28) dejan pensar que las operaciones empezaron estando en nuestras manos la Punta Europa y la Meseta de los Vientos. No puedo asegurarlo. Pero es evidente que así como los ingleses han luchado pérfidamente para ampliar su zona norte y la marítima, en función de una serie de interpretaciones verdaderamente absurdas, jamás España ha dado un solo paso por lograr —o simplemente demostrar— que el dominio británico se hallaba reducido a la ciudad de 1713 y a las fortificaciones ya construídas en la sazón aquella.

\* \* \*

López de Ayala, en el prólogo de su interesante *Historia de Gibraltar*, reseña la documentación que utilizó para escribir su libro. Entre otras varias obras habla de una «*Historia manuscrita* que se conserva —o se conservaba entonces— en el «*Archivo de Algeciras*», y que fué compuesta a principios del siglo XVII por

---

que le pertenecen, dando la dicha propiedad absolutamente para que la tenga y goce con entero derecho y para siempre, sin excepción ni impedimento alguno».

Alonso Hernández del Portillo, jurado de Gibraltar y «hombre curioso de verdad i sensato...», y menciona Ayala simultáneamente «la historia de la Casa de Niebla, de Pedro Barrantes Maldonado i del maestro Pedro de Medina», y «la erudita Biblioteca Árabe-hispana del señor D. Miguel Casiri», y «los informes originales... de Don Gregorio Guerra, vicario y cura más antiguo de San Roque», y «un tomo en folio manuscrito que escribió... Don Juan Romero de Figueroa», y, en fin, los diversos documentos encontrados en los archivos del «duque de Alva, heredero de la casa de Medina Sidonia» y del «marqués de Santa Cruz» (54). Pero de todo lo anterior no quedan más que citas y alguna copia manuscrita e inencontrable, al menos para quienes no tenemos tiempo o habilidad para indagar a fondo y rebuscar entre papeles nacionales y privados.

Nosotros - y yo en el grupo - nos contentamos con leer los varios índices que han sido publicados, y en los que figuran las obras mencionadas por Ayala y unos cuantos documentos muy curiosos, perdidos unos y alejados los restantes en ocasión de raterías oficiales o de invasiones lucrativas y de la enorme desaprensión de los que osaron desvalijarnos sin piedad (55). En el Museo Británico hay varios legajos interesantes que perdimos a principios del siglo XIX, pero Dios sabe dónde estará lo mucho que ha seguido otro camino. Para el período viejo disponemos de las crónicas de los reyes de Castilla que más directamente intervinieron en las operaciones de los siglos XII a XV. Montero y López de Ayala y José Carlos de Luna (en nuestros días) han buceado muchísimo en aquella fuente inagotable e interesante. Pero en ese tiempo no había la más pequeña discusión: el Peñón se terminaba con la roca; el de fuera estaba al pie del escarpado y el escarpado era de nadie o era del que osaba la escalada, como osaron los valientes almogávares del rey que falleció en su campamento, al pie del muro, sin haberse apoderado de Gibraltar (56). Las fluctuaciones de la frontera sólo empiezan cuando hay espacios que se baten con el fuego, sin que el hombre los recorra, o cuando los ejércitos empiezan a creer que les pertenece el suelo que dominan sus ca-

(54) *Ob. cit.*, págs. XIII y XIV.

(55) Véase el *Aparato Bibliográfico de Gibraltar*, presentado por don JUAN PÉREZ DE GUZMÁN como apéndice de la obra de don JOSÉ NAVARRETE titulada *Las Llavas del Estrecho*, Madrid, 1882.

(56) Alfonso el Justiciero (1311-1350).

ñones (y es curioso consignar que esto sucede solamente cuando esos cañones permanecen en silencio, que cuando ocurre lo contrario es precisamente porque la zona que ellos baten no está al alcance de la tropa que la quiere conquistar).

En efecto, las verdaderas fluctuaciones dan comienzo durante el primer sitio del siglo XVIII. Antes de que fuera firmado el Tratado de Utrecht los ingleses ya habían instalado sus primeras guardias en la recién construida Torre del Diablo y en los dos extremos de la laguna; situada aquella Torre en la costa oriental del istmo y esta laguna cerca de la orilla correspondiente a la bahía de Algeciras. Otra vez Ayala y los de su tiempo nos lo cuentan. Pero esta vez acuden igualmente con noticias los que describieron solamente los varios sitios que sufrió la plaza durante el siglo en que nos la arrebataron los ingleses: D'Arçon (57) y Drinkwater (58), en cabeza.

Luego las discusiones continuaron. El Tratado, según lo dicho, demostraba claramente que todo territorio sobre el cual no hubiera una fortificación inglesa era de España. Pero a pesar de todo, durante el intervalo habido entre la firma (1713) y el segundo sitio (1727), nuestros enemigos ejercieron «jurisdicción y dominio efectivo sobre la parte del istmo que amparaban los fusiles de sus diferentes cuerpos de guardia, y aún instalaron varios puestos junto a la que fué llamada Torre del Molino de los Genoveses» (59).

El segundo sitio (1727) —doceavo de la serie total— se desarrolló sobre la base mencionada, o sea suponiendo la laguna y la Torre del Diablo en poder de los ingleses. En plenas operaciones no hubo litigios. El fuego era el argumento único y supremo. Pero apenas convenido el armisticio (1727), y habiéndose iniciado de parte nuestra y de orden del marqués de Montemar la construcción de una cortina o muralla de tierra destinada a evitar el contra-

---

(57) MICHAUD D'ARÇON, *Conseil de Guerre privé sur l'évènement de Gibraltar en 1782, contenant l'extrait d'une information générale sur toutes les circonstances de cette entreprise... pour servir d'exercice sur l'art des sièges*. París, 1785.

(58) JOHN DRINKWATER, *History of the late siege of Gibraltar, from the earlier periods*. Londres, 1783.

(59) Así decía un informe del Mariscal de Campo don JOSÉ RAMÓN OSORIO, Comandante General del Campo de Gibraltar entre los años 1866 y 1868. (Este informe fué redactado de R. O. en consecuencia de una reclamación británica del año 1864, y fué elevado al Ministerio de la Guerra en 12 de abril de 1868.)

bando, Lord Portmore, gobernador de Gibraltar a la sazón, protestó contra la obra, «y aunque Montemar le recordó la letra del Tratado de Utrecht, el de Inglaterra disparó sobre los españoles. Mas no logró su intento, y la cortina se acabó» (60).

En 1728, firmada ya la paz, los Gobiernos de Inglaterra y España convinieron en arrasar las trincheras y demás trabajos realizados con posterioridad al Tratado de Utrecht, pero a pesar de todo los ingleses reinstalaron sus antiguas guardias en la laguna y en las torres.

En vista de ello nosotros recurrimos a la única solución viable: la publicación a fin del año antes citado de una Real orden que establecía taxativamente que la zona comprendida entre la Torre del Diablo y la del Molino (construída cerca de la laguna) pertenecía a España, si bien considerada como en secuestro «hasta el momento en que los dos Gobiernos llegaran a establecer un conveniente acuerdo».

En 1730, sin duda a fin de evitar mayores males, nuestro ejército empezó a construir una línea de contravalación un poco a retaguardia de aquellas torres, e instaló delante de ella un cordón de puestos para las avanzadas. De este modo «las jurisdicciones prácticas cambiaron. La línea de las torres quedó muy oblicua y muy anómala respecto a la marcada por las tropas españolas», y en vista de ello el gobernador de Gibraltar y el comandante general concertaron entre sí que dicha línea de las torres se reemplazara por otra «perpendicular al eje del istmo y equidistante entre el rastrillo de la montaña y la nueva línea de contravalación»; todo ello sin oír el parecer de los Gobiernos respectivos (61).

Sobre la referida línea se montaron barracas de junco para instalar los puestos de las rentas españolas. Y en 1735 se construyeron, en zona española, los fuertes de la Tunara y de Punta Mala, destinados uno y otro a proteger los barcos españoles que navegaran dentro del alcance de sus piezas y a molestar —en caso oportuno— a las naves que aportaran a la plaza.

En estas condiciones tiene lugar el tercer sitio (treceavo de la lista general), que empezó en 1778 y acabó en 1783. Durante él los citados fuertes de la Tunara y de Punta Mala quedaron en posición bastante retrasada. Y San Felipe y Santa Bárbara, cuyas rui-

---

(60) Tomado de TUBINO, *Ob. cit.*, pág. 143.

(61) Citas de OSORIO. Memoria mencionada en la nota 59.

nas aún subsisten, fueron las obras que mejor facilitaron con su fuego adelantado la construcción de las diversas líneas francoespañolas que mandó hacer el duque de Crillon dentro del área que aún figura en muchos documentos con el nombre injustificado de «Campo Neutral».

La paz firmada en 1783 confirmó lo convenido en 1713 (Utrecht). Por lo tanto, a partir de ese momento la totalidad del istmo quedaba *de derecho* reintegrada a España. Pero a pesar de todo la Torre del Diablo y la laguna siguieron *de hecho* en poder de los ingleses. Estos «continuaron en sus transgresiones, y los españoles conservaron su paciente moderación» (62).

Con motivo de la guerra de la Independencia la línea de contravalación fué eliminada, y culminada esa contienda fueron instalados centinelas españoles en diferentes garitones levantados sobre las trazas de la línea previamente suprimida, y «los puestos de renta se colocaron en los cuerpos de guardia que al final del último sitio eran avanzadas de infantería» (63).

En 1810 la frontera fué íntegramente desmantelada; pero casi al mismo tiempo el istmo quedó cubierto de lazaretos españoles y británicos, que se instalaron a ambos lados del viejo límite, a causa de la fiebre pestilenta que infestó la población y sus inmediaciones.

Después hubo un tiempo en que el titulado «Campo Neutral» fué motivo de otras disensiones. Militarmente, el citado campo fué respetado por las dos partes, pero los naufragios y la represión del contrabando motivaron continuas reclamaciones, que originaron a su vez acuerdos muy diversos y no siempre compatibles entre sí. Los auxilios se prestaban en común y mediante fuerzas desarmadas, y los servicios especiales se realizaban en función de las costumbres inveteradas e insensiblemente establecidas por uno y otro bando.

A partir de la evacuación (1813) se trató en varias ocasiones de montar una estacada que facilitase la represión del contrabando. Durante los reinados de Fernando VII y de Isabel II el asunto estuvo más de una vez sobre el tapete, sin que nos decidiéramos a abordarlo resueltamente. Temíamos una rotunda negativa, ba-

---

(62) OSORIO, *Mem. cit.*

(63) *Idem id.*



sada en los perjuicios resultantes para las aguas que los ingleses defendían injustamente como propias de su puerto.

No obstante, los puestos militares adversarios que se hallaban en la torre y en la laguna fueron adelantados hasta el sitio que hoy ocupan, y en este asunto nosotros anduvimos —otra vez— algo remisos, puesto que aún nos excusamos recordando que nuestra parte más avanzada era fiscal y no castrense. En efecto, insistimos varias veces, en respuesta a las injustas acusaciones que los ingleses nos hicieron, en que nuestras avanzadas no tenían más objeto que el *rentístico*.

Más tarde, hubo más quejas y más reclamaciones. Nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores tendrá seguramente una porción de documentos en que figuren notas presentadas a Inglaterra por diversos embajadores. Pero todo hace suponer que tales notas fueron siempre atentamente rechazadas.

En 1844 el Gobierno británico mandó situar una línea de postes a 110 pasos delante de sus propios centinelas, y con este motivo un representante del Gobierno español presentó otra queja no menos oficial y enérgica. Mas poco enterado de la forma y circunstancias en que los hechos se habían llevado a cabo y en que sus diferentes fases se habían desarrollado, el referido personaje se limitó a manifestar al conde de Aberdeen que España se hallaba disconforme con semejante arreglo, «ya que ella guardaba cuidadosamente la neutralidad en terreno de garitas», y aun acabó —nuestro representante— pidiendo que en lo sucesivo, «para alejar todo motivo de disgusto, la autoridad inglesa del Peñón se pudiese de acuerdo con el comandante general del Campo para toda medida relacionada con el territorio neutral». Con eso él admitió que era británica la zona vigilada por nuestros enemigos y que no era de ninguno la parte comprendida entre las dos líneas de puestos avanzados. Y por supuesto, los de enfrente, altamente satisfechos de la nota, retiraron más que a prisa los diferentes postes instalados a vanguardia de sus puestos, y a partir de ese momento a cada protesta española sobre vulneraciones de nuestra zona ellos recordaban que nuestro embajador en Londres había reconocido oficialmente la siempre discutida «zona neutral».

Poco después de nuestra guerra de Africa (1860), momento en que la bahía de Algeciras tornó al recuerdo medieval de las invasiones árabes, aún hubimos de presentar al Gobierno británico otra nueva queja. Con fecha 13 de noviembre de 1863, nuestro embaja-

dor en Londres le hizo presente que «el gobernador de Gibraltar había llevado a cabo nuevas transgresiones, en consecuencia de las cuales invadía y ocupaba sistemáticamente el territorio llamado neutral» (64). Se basaba —el documento presentado— en que los ingleses habían construido varias barracas y otros edificios a unas 600 yardas de las líneas españolas, «las cuales se han —«se habían» entonces— convertido en campamentos permanentes para sus regimientos», y aún se trataba —en ese escrito— de las trabas impuestas por el gobernador de Gibraltar a los varios buques españoles que pretendían desembarcar efectos entre la Punta Mala y el propio fuerte de San Felipe.

El conde de Rusell respondió a la queja en 26 de enero de 1864, manifestando que los centinelas españoles e ingleses llevaban muchos años instalados sobre el istmo y que desde siempre la zona comprendida entre ambas líneas se había considerado y llamado «neutral», y seguidamente aseguraba que la línea inglesa no había sido en caso alguno modificada ni avanzada y que, por consiguiente, no había habido usurpación de territorio. Decía, en fin, que los mencionados barracones se encontraban en zona inglesa, ya que la distancia entre las dos opuestas líneas era de más de 800 yardas a Oriente y de 600 a Occidente.

Luego la lucha ha subsistido. Hemos perdido la laguna y la Torre del Diablo, hoy reemplazados por una maravillosa pista de aterrizaje en que toman tierra diariamente varias docenas de aeroplanos. Pero en cambio, nuestros centinelas permanecen en la propia puerta inglesa y el titulado «Campo Neutral» se halla constituido —de hecho— en «zona militar de España».

\* \* \*

Por su parte, los límites marítimos son acaso más vedados o más difíciles de analizar que los terrestres.

Respecto a ellos conviene hacer presente —lo primero— que el Tratado no explica nada. Es más, los conceptos que establece sobre las relaciones o futuras comunicaciones entre la plaza y nuestro territorio para los diferentes casos presentables son independientes de toda separación o derecho sobre las aguas fronterizas. El artículo que sirvió de base para mis anteriores argumentacio-

---

(64) OSORIO, *Mem. cit.*

nes (65) se limita a exponer que la propiedad de Gibraltar «se cede a la Gran Bretaña sin jurisdicción alguna territorial y sin comunicación alguna abierta por parte de tierra»; pero ha surgido luego —y esto es lo más curioso— el comentario o la excepción siguiente: «la comunicación por mar en la costa de España no puede estar abierta y segura en todo tiempo, y de esto puede resultar que los soldados de la guarnición de Gibraltar y los vecinos de la ciudad se vean reducidos a grande angustia; (mas) siendo la intención del Rey Católico sólo impedir... la traída fraudulenta de mercancías por la vía de tierra, se ha acordado que en todo caso pueda comprarse con dinero de contado en la tierra de España circunvecina la provisión y demás cosas necesarias para el uso de las tropas del presidio, de los vecinos y de las naves surtas en su puerto». Y lo extraño e incongruente es que ese comentario o disposición adicional ha permitido a los que se han movido en busca de razones para incautarse de la zona marítima de Gibraltar, decir que puesto que Inglaterra se hallaba en su derecho al recorrer las aguas que bordeaban el Peñón y el istmo próximo, *esas aguas* (y sin duda las otras inmediatas) *eran de su entera pertenencia*.

Sin embargo, el hecho de que el artículo aludido exprese claramente que la plaza de Gibraltar se cedió sin zona exterior o jurisdicción terrestre, y que en principio las comunicaciones entre ambas partes habían de ser marítimas, no significa en lenguaje alguno que la referida zona marítima quede en poder de Gran Bretaña. Quiere decir tan sólo que se hace una excepción en relación a la costumbre establecida anteriormente sobre la automática cesión, con toda la plaza, del terreno que dominan sus cañones.

Y es que otra vez aquí la fuerza manda. Los comentaristas extranjeros hablan de que el artículo en cuestión se debe interpretar en el sentido primeramente expuesto; mas por más que lo releo —y repaso el documento— nada encuentro referente a la materia. El Tratado de Utrecht no habla de límites marítimos ni de las obras que han servido posteriormente a los ingleses para alegar ciertos derechos sobre el sector de costa comprendido entre la Punta Mala y el Peñón. Mal puede, por lo tanto, cooperar a demostrar que Gibraltar ha de tener un fondeadero y que éste ha de ser el inmediato a la ya nombrada Punta Mala.

---

(65) Art. 10, citado previamente.

La fuerza —insisto— es la razón de peso. Lo prueba el hecho de que el alcance de las piezas instaladas en la plaza sirvió de base para seguir la discusión. Cuando a principios del siglo XIX los ingleses pretendían que el límite natural de sus propias aguas había de estar en Punta Mala, se basaron —como digo— en su derecho de «jurisdicción sobre la zona alcanzada por los cañones» (66), y es conveniente recordar que al sostener esa teoría se referían a la zona marítima exclusivamente. Lo confirma Osorio cuando dice: «Sobre el istmo respetaban la costa y jurisdicción de los fuertes de San Felipe y Punta Mala...; en la concurrencia de jurisdicciones no pretendían el exclusivismo» (67). Y esto lo recuerdo porque el hecho o la excepción establecida es suficiente para que pierdan la razón íntegramente.

Más tarde, cuando las autoridades del Campo y de la plaza convinieron en que la divisoria terrestre fuese trazada a igual distancia de ambos rastrillos, consideróse lógico que la referida línea se prolongase mar afuera, y en vista de ello se tomaron las medidas necesarias para que el saludo realizado desde los fuertes de San Felipe y Punta Mala no originase «caída» alguna en las aguas que bañaban el lado occidental de Gibraltar, al Sur de la referida prolongación de frontera. Y en efecto, a partir de ese momento los cañones de la plaza respetaron «la zona de punto en blanco de a 24 correspondiente a los fuertes de San Felipe y Punta Mala» (68).

Por supuesto, Inglaterra hizo cuanto pudo por dar carácter definitivo a la indebida y precaria situación expuesta. Lord Canning llegó a decir en cierto informe aparecido en 1825 que «los límites mencionados como constituyentes del puerto de Gibraltar —y englobaba en ellos el fondeadero de Punta Mala— están reconocidos por el almirante Tofiño en su obra publicada, con autorización del Gobierno español, en 1787» (69). Pero esto tampoco es cierto. Tofiño cita, en efecto, el fondeadero de Punta Mala como el mejor para los barcos que han de mantenerse cerca del Peñón. Mas también agrega, analizando la bahía, que el más seguro fondeadero para todo tiempo y clase de embarcaciones está en el lado

(66) OSORIO, *Mem. cit.*

(67) *Idem id.*

(68) Dice ALMIRANTE (*Dicc. Mil.*) que «punto en blanco», en el tiro actual de arma de fuego, expresa aquel donde se corian o se encuentran, lejos de la boca del cañón, las dos líneas llamadas «de mira» y «de trayectoria». Equivale a «alcance», en los actuales términos castrenses.

(69) *Memoria citada.*

occidental...; que el límite de los fondeaderos de esta parte está en Puente Mayorga...; que el fondeadero comprendido entre Palmones y el fuerte del Mirador es el más cómodo, porque ofrece el único abrigo al viento y mar de Sudeste, el más peligroso de la ensenada..., y que también se puede fondear desde Punta Mala hasta el Sur de Punta Europa, o sea, en conjunto, en todo el contorno de la bahía de Algeciras. Por último, Tosiño dice que las naves de guerra suelen servirse del fondeadero que se encuentra frente al muelle nuevo..., y que es «mal fondo el de Punta Mala y más bueno y aplacerado el que continúa hacia el castillo de San Felipe y al muelle viejo». Pero aquí tampoco hay una sola frase que permita confirmar lo dicho por Lord Canning.

De otra parte, cuando el personaje mencionado alegaba que el fondeadero de Punta Mala debía pertenecer a Gran Bretaña, sucedía que nuestra línea terrestre de contravalación pasaba, aproximadamente, por el punto medio de la costa comprendida entre Gibraltar y la citada Punta Mala. El aspiraba, por lo tanto, al curioso absurdo de que una playa nuestra fuera inglesa o de que el límite entre Gibraltar y España se inclinase en ángulo recto al llegar al litoral, dejándonos sin agua alguna para los pesqueros mismos que pudieran buscar abrigo hacia un entrante de su propio territorio. Es más, en consecuencia de lo dicho y de las varias discusiones habidas durante la primera mitad del siglo XIX, acabóse viendo que era imposible admitir que una zona reconocida por los propios ingleses como española —cual era la terrestre comprendida entre el extremo Norte del campo neutral y Punta Mala— no tuviese un poco de agua propia. Y «en fuerza de lo muy absurdo que esto era... los ingleses respetaron un canal de un cuarto de milla en el paralelo que pasa por el cachón de Jimena, y lo balizaron —según Osorio— siguiendo una recta que tocaba la costa frente a la casilla de carabineros del campo neutral» (70).

En esta postura, los barcos de algún calado que llevaban materiales desde Algeciras a La Línea para acabar las obras del cuartel de Infantería iban provistos de un salvoconducto británico extendido a nombre del comandante de la nave, para —de este modo— no tener que navegar entre las boyas y la costa. Peor aún: los ingleses han llegado a protestar de que infringíamos su propia jurisdicción cuando nuestras lanchas del resguardo marítimo se in-

---

(70) OSSORIO, *Mem. cit.*

ternaban involuntariamente en la zona que ellos consideraban suya.

En ese tiempo era práctica corriente en las autoridades españolas la de no inmiscuirse en los naufragios ocurridos más allá de las casillas de carabineros de ambas costas. Así, en la noche del 6 al 7 de diciembre de 1845 hubo un temporal que dió lugar a que encallaran en la playa entre garitas un centenar de buques españoles y británicos. Pues bien, este incidente motivó una fuerte reclamación de los ingleses, basada en las dificultades que tuvieron para efectuar el salvamento, y en tal reclamación plantearon la jurisdicción total del puerto hasta la zona de Punta Mala, basándose no sólo en el Tratado de Utrecht, sino en la topografía de la costa y en las costumbres sancionadas por la práctica. Por último, en otra comunicación que fué dirigida al comandante general del Campo, ellos mismos «sostuvieron que habían obrado dentro de todos sus derechos, añadiendo que tenían la intención de hacer siempre lo mismo en defensa de sus intereses nacionales y en auxilio de los buques de Su Majestad británica» (71). Y esto, por supuesto, agrió de nuevo las relaciones entre Londres y Madrid, y dió lugar a mayores quejas y a prolongar una situación intolerable para nosotros.

Sin duda, el fondeadero de Punta Mala es el mejor de la bahía. Pero según lo dicho, ni el Tratado de Utrecht, ni el argumento de los cañones, ni la fuerza soberana de Inglaterra son razones suficientes para que ese fondeadero deje de ser nuestro. Podrá estar en litigio el meridiano que ha de servir de base para fijar una separación entre las aguas españolas y británicas... (72), podrá admitirse como tal el definido por la propia Punta Mala..., podrá aceptarse (con arreglo a lo propuesto en diferentes ocasiones) la recta que une la referida Punta Mala con la cota más elevada de Sierra Bullones...; podremos, finalmente, tener que resignarnos al meridiano de Puente Mayorga..., pero el hecho de que cualquiera de las rectas citadas anteriormente tenga un valor límite hasta la propia costa es de todo punto inadmisibile para España.

El fondeadero de Punta Mala es nuestro. El Tratado de Utrecht y toda clase de razones *hidro* y topográficas lo demuestran claramente. Por lo tanto, el límite a establecer entre las aguas británi-

---

(71) OSORIO, *Mem. cit.*

(72) No me atrevo a hablar de aguas litorales, territoriales o jurisdiccionales, porque las definiciones admitidas por Inglaterra y por España son muy diferentes.

cas y españolas exige, a más de la elegida entre las líneas ya citadas, la adopción de un paralelo, que ha de ser forzosamente el definido por el sitio en que la verja inglesa llega al litoral.

No obstante, las naves de escaso calado que se detienen en Gibraltar fondean —hoy día— en Punta Mala. La zona en cuestión está siempre abarrotada de petroleros de naciones varias que allí se instalan por disposición suprema de la autoridad británica. Y es necesario hacer constar que esto sucede por tolerancia nuestra y no por derecho de Inglaterra. Ese derecho no existe. Alguna vez podremos demostrarlo con los propios argumentos que ella ha esgrimido.

\* \* \*

La indebida situación expuesta originó incertidumbre, y la incertidumbre es causa de hábitos que son intolerables.

Cuando anochece el reflujo de los obreros que han trabajado en Gibraltar se intensifica. En poco más de una hora pasan la frontera unos diez mil hombres y mujeres que han ganado en libras su jornal.

En cuanto salen de la verja —y sobre la acera, junto a las alambradas que no se han recogido— suelen pararse, formando grupos, como si discutieran o intercambiaran los productos encerrados en los diferentes sacos en que llevan de costumbre la comida o lo comprado con la parte de su haber, que pueden no cambiar en nuestro Banco. Se están organizando para pasar la Aduana de La Línea, y yo ignoro en qué consisten los cambalaches que realizan. Los veo luego, poco a poco, formar hileras interminables y de a uno rebasar los «puestos», en que enseñan sus morrales y en que entregan un cartón —*ticket* de adeudo— a cambio de los varios comestibles que llevan a su casa. Los de la Aduana palpan suavemente cada saco, y así dejan pasar uno tras otro a los citados diez mil hombres y mujeres que regresan del taller o de la tienda, o de la casa o la oficina en que trabajan.

La operación dura una hora. El que la contempla por vez primera se indigna un poco al ver a tanta gente detenida; gente que viene de luchar y de ganar su pan de cada día y que aún ha de caminar bastante para alcanzar su domicilio. Pero el que reincide y tiene la paciencia necesaria para observar a tantos hombres y mujeres caminando hacia su casa, se dice, al fin, que no es posible ir más aprisa ni hacer las cosas con más calma.

De cada saco asoma algo de pan. Es la excusa y razón humanitaria que induce a mantener el hecho atávico. ¿Por qué no autorizar a cada obrero para que traiga del Peñón lo indispensable para una cena, la suya y la de los hijos? Y, claro, el hombre no se nutre de pan sólo. ¿Qué menos que una lata de conservas o de mermelada y un poco de café y algo de azúcar para toda una familia que es acaso numerosa? Y de año en año, y de siglo en siglo, la tolerancia ha crecido ligeramente hasta admitirse medio kilo de café por individuo y algunas cucherías sin importancia.

¿Sin importancia? Desde luego. Pero un kilo por individuo equivale a diez mil kilogramos al día, o sea a 3.600 toneladas en doce meses. Y esto sucede un año y otro y otro, y ocurre que las familias de los obreros comen solamente un poco de pescado y de pan moreno y que las 3.600 toneladas van a parar a la «harampa», los hombres y mujeres que sólo viven de la compra y de la venta del café y de las conservas que traen los sacos de los diez mil obreros que pasan diariamente a Gibraltar (73).

\* \* \*

La harampa aguarda al otro lado de la frontera, en La Línea, donde empiezan los yanitos (74) a correr y a utilizar bocinas, y a protestar de todo, y a sentirse más españoles que nosotros. Espera esa harampa a dos pasos de la Aduana, en los tugurios, en las casas y en la calle, y hasta en la propia puerta del breve túnel que produce el contrabando y lo arroja sobre España como un río caudaloso arrojaría su cieno sobre la orilla y produciría una delta vigorosa y fertilísima; tan vigorosa y fértil como La Línea, que da lo más extraño en ejemplares de ancha manga y en productos heterogéneos e inverosímiles.

La harampa está en acecho a todas horas. Actúa con frecuencia en forma automática: las columnas de trabajadores se descargan poco a poco, como trenes que soltarían su mercancía en las

---

(73) Digo «harampa» —y no «jarampa», según figura en libros antiguos— por entender que la palabra en cuestión está relacionada con los «harapos» y la «hampa», y no haber hallado una razón de peso para iniciarla con una j.

(74) Llámense «yanitos», en Algeciras y en La Línea, a los oriundos de Gibraltar. Muchos inician ese nombre con la letra ll; pero su pronunciación usual y su posible origen —relacionado con el acento de los gibraltareños— me inducen a empezarlo con y.



estaciones del trayecto, y aquí las estaciones son los hombres de la calle, las tabernas, el «emporio» y hasta los propios haramperos, ya dispuestos con otros sacos a emprender una veloz carrera a través del monte y por entre puestos, parándose lo justo en ciertos casos y lanzándose después hacia la meta.

Por supuesto, hay un núcleo matutero que auxilia a esa harampa. En La Línea está constituido por carreros, cocheros, taxistas y choferes gibraltareños, que en unión de gente del oficio integran un total de unos doscientos hombres y mujeres, a los cuales se unen los que realizan la llamada «labor de perros», o sea la traída simple de productos mediante «pases de trabajo» obtenidos con documentación gibraltareña (cuya veracidad no se ha podido confirmar). En Algeciras el núcleo matutero es reducido, pero a pesar de todo es importante.

Mas lo de menos —según lo dicho o lo esbozado— son dichos núcleos matuteros. Estos sólo sirven como enlace entre el obrero que semihonradamente introduce los productos que van a convertirse en contrabando y la harampa mencionada, que es la que va a ocuparse de conducir al interior los artículos prohibidos, y sobre todo los pasados reglamentariamente y convertidos en contrabando al rebasar el límite exterior del titulado «Campo de Gibraltar» (75).

Esa harampa lleva el contrabando en pequeñas cargas. El uno con azúcar a la espalda, el siguiente con café en el saco, alguno que otro con un burro muy cargado y los más en fila india como una espléndida infantería que está dispuesta a infiltrarse a fondo sin ser vista y con pocas bajas, se desplazan hombres y mujeres harapientos y niños esqueléticos, pegando saltos uno a uno como gamos o aun como guerrilleros que conocen bien su oficio. Y para evitar que en esa forma se deslicen anualmente unas tres mil seiscientas toneladas de fraude y contrabando existe una organización potente, con varios puestos entre Algeciras y Tarifa, entre Los Barrios y Jerez, entre San Roque y Ronda y entre La Línea y Málaga; pero a pesar de todo los haramperos pasan y repasan

---

(75) Fraude y contrabando en este caso, no concuerdan con las definiciones de nuestro diccionario. Según las leyes españolas, «fraude» es el delito resultante de pasar ocultamente productos cuya entrada en el país está prohibida. «Contrabando», en cambio, según las mismas leyes, es el delito resultante de no haber declarado y pagado los derechos correspondientes en los productos autorizados y que figuran en las diferentes listas arancelarias.

continuamente, y así, el azúcar, el café, el tabaco, las conservas, las medias de señora y los perfumes, los antibióticos y hasta las drogas que han orillado la delta, se extienden por España y llegan a todas las provincias.

Cuando en coche, por la hermosa recta de los eucaliptus que se acerca a Guadacorte, se vuelve atrás la vista, suele verse a un hombre dar un salto y cruzar la carretera velozmente, y entonces, si se espera, surgirá de pronto la partida, que sabe que ese día —o en ese instante— no hay peligro. A caballo, en pleno monte, por entre pinos y chaparros, se observa de cuando en cuando alguna planta que se mueve, y es que un individuo está escondido con su fardo y aguarda por si acaso. A pie, junto al camino, es fácil encontrar varias mujeres en corrillo que han dejado su carga un poco lejos en espera de que el ruido se disipe. Y hasta en el Golf de Campamento ocurre a veces que un grupo se atraviesa, raudo como el rayo, aprovechando que los guardias no se atreven a tirar por entre gente forastera que no sabe lo que pasa.

\* \* \*

El resultado de cuanto queda expuesto es desastroso.

Los desgraciados que infestan esta zona dan lugar a un sello de pobreza y de miseria que no es fácil contrarrestar, y, sin embargo, la harampa ejerce una atracción irresistible sobre la gente de otras zonas u otras provincias no lejanas, que prefieren la aventura a una labor decente y continuada.

Esta atracción es evidente. Ninguna población de la bahía tiene solera como la tienen otras villas de la frontera antigua: Alcalá, Tarifa, Medina Sidonia, etc. En conjunto el tono de este Campo de Gibraltar es bajo, y la miseria abunda más que en todo el resto de Andalucía. Las poblaciones próximas a la ensenada nacieron en consecuencia del Tratado de Utrecht. Cuando perdimos el Peñón. Algeciras —antigua ciudad mora conquistada por Alfonso el Justiciero— sólo tenía unos 2.500 habitantes; San Roque y Los Barrios empezaron a edificarse cuando los primeros refugiados se acogieron a la ermita de aquel nombre y a la orilla del Palmones (1704); La Línea, finalmente, organizó su primer Ayuntamiento en 1872. Por lo tanto, la formación de todos estos pueblos y ciudades es reciente y desordenada y se halla prácticamente incontrolada. En lo que va de siglo XX el censo de La Línea sube

de 32.000 habitantes a unos 60.000; el de Algeciras, de 16.000 a 47.000, y el de Los Barrios, de 6 a 9.000. Y estos aumentos están originados en gran parte por la compraventa ilícita de los productos extranjeros.

Como es lógico, los elementos de fraude y contrabando que inundan el territorio y son causa del desorden y de la constante represión llevada a cabo proceden, en primer lugar, de alijos realizados en función de desembarcos clandestinos; en segundo, de irregularidades cometidas por algunos funcionarios de las diferentes Compañías e incluso del Estado, y por último, de las tolerancias tradicionales con los viajeros y con los hombres y mujeres que trabajan diariamente en Gibraltar. Y por supuesto, de todas esas procedencias la única anormal, relacionando la situación del Campo de Gibraltar con la de cualquier sector marítimo o fronterizo de la Península, corresponde a los obreros ya citados; mas como quiera que a su vez estos obreros son más numerosos de año en año (76), ocurre que aumenta la harampa y crece la población flo-

(76) La zona de Algeciras proporciona los siguientes contingentes:

1940	...	...	...	...	...	302
1941	...	...	...	...	...	304
1942	...	...	...	...	...	420
1943	...	...	...	...	...	560
1944	...	...	...	...	...	650
1945	...	...	...	...	...	620
1946	...	...	...	...	...	864
1947	...	...	...	...	...	804
1948	...	...	...	...	...	1.160
1949	...	...	...	...	...	1.293
1950	...	...	...	...	...	1.463

Y la zona de la Línea da estos otros:

1940	...	...	...	...	6.681
1941	...	...	...	...	8.341
1942	...	...	...	...	7.799
1943	...	...	...	...	9.103
1944	...	...	...	...	10.057
1945	...	...	...	...	11.172
1946	...	...	...	...	12.388
1947	...	...	...	...	9.731
1948	...	...	...	...	11.136
1949	...	...	...	...	10.593
1950	...	...	...	...	11.176

tante y dedicada no al contrabando y fraude en la frontera, sino a llevar a todas partes los productos que han pasado esa frontera y que —oficialmente— no deben ir más lejos.

\* \* \*

La lucha contra esa hampa —o harampa miserable— está en-  
tablada hace no poco. Desde que Inglaterra se posesionó de Gi-  
braltar el contrabando fué continuo y... sigue siéndolo. Siempre  
hubo gente cuya vida no tenía más fin que el de sacar lo más  
posible del Peñón para venderlo o revenderlo a troche y moche,  
sin parar en medios o en peligros, y esa gente... sigue también  
habiéndola.

Anteriormente he citado la «labor de perros» que efectúan los  
obreros despedidos o los hombres que han logrado un «permiso»  
presentando documentos ilegales. Pues bien, esa expresión pro-  
cede de los años en que los haramperos recurrían al uso de canes  
para su contrabando. Cada noche —a la sazón y a diferentes ho-  
ras— varias docenas de podencos y de galgos, con un paquete so-  
bre el dorso bien dispuesto y mejor atado, emprendían una carre-  
ra velocísima desde la verja inglesa hacia el hogar de cada uno,  
sin duda a base del sistema alimenticio —restrictivo y espaciado—  
que seguían los rusos con sus jaurías amaestradas en los tiempos  
en que, según los cuentos más o menos razonables del osado Ma-  
laparte (77), ellos las enfilaban —con trilita— hacia los tanques  
alemanes. Y diariamente, a las citadas horas, empezaban las bati-  
das de las guardias contra los pobres animales que corrían —ham-  
brientos— hacia su comida miserable. El espectáculo era lamenta-  
ble y peligroso. Los ingleses protestaron varias veces de esa bata-  
lla diaria en la zona limítrofe; mas como quiera que era impo-  
sible dejar que todo continuara impunemente, nuestras guardias  
siguieron disparando, y se les dijo —a los que tanto se quejaban—  
que ayudaran al trabajo mediante un ligero esfuerzo destinado a  
evitar ese manejo de los perros.

Hoy los tiros continúan, mas no contra los bichos, sino contra  
la harampa, que es más osada cada día. No dae el caso de que  
un contrabandista se detenga ante la fuerza que le echa el «¡Alto!»

---

(77) CURZIO MALAPARTE, *Caput*. París, 1947.

o le apunta con su mauser o lo amenaza con el *shmeisser*. Cada uno sigue su camino a toda costa, y de vez en cuando muere un hombre por llevar sobre la espalda cuatro kilos de café, y el muerto ayuda a los demás a «trabajar», y los demás son reforzados continuamente por la chusma intolerable que a todas horas llega por el monte o los caminos o en los carros que transportan las pocas mercancías declarables que circulan por la estrada y por el campo.

Los alcaldes de Algeciras y La Línea trabajan mucho por evacuar su población incontrolable. Pero el negocio es pingüe y los haramperos no lo sueltan; es inútil entregarles un billete y meterlos en los trenes o autobuses, porque regresan caminando al otro día.

De otra parte, los Ayuntamientos procuran levantar casas baratas, pero no efectúan el trabajo necesario para enfrentarse con la arriada; no saben lo que llega diariamente, y no tienen modo de ayudar y solucionar la vida a sus propios andadores.

Y en estas condiciones entran cada año en este Campo miles de forasteros, siempre en la idea de alimentarse frugalmente y de cobijarse bajo el sol, y de llenar de chicos y abarrotar de pobres a tan bendita tierra, que de otro modo habría alcanzado ya rango y honores de «paraíso terrenal».

\* \* \*

¡Qué paz habría en este Campo sin comentarios sobre cosas no existentes ni rencillas entre gente que se quiere! ¡Qué maravilla esto sería si hubiera modo de evitar las etéreas controversias que sostiene con sí mismo el que no puede estarse quieto! ¡Qué paraíso y qué bendita calma podría gozar sin la existencia de algunos bólidos terrestres capaces de abrumar a medio mundo!

Pienso... y no comprendo.

¿Seré yo mismo el que disturba a los demás y da lugar a la tormenta que hay en cada vaso de agua? ¿Y seré yo sin querer o yo queriendo?

¿Será mi calma de Pelayo incompatible con la existencia de la gente que se mueve noche y día? O en fin, ¿será la vida de este suelo tan cruel e insoportable como la vida en otros medios más flúidos, en los que nunca se reposa ni jamás se está sereno?

Y sin querer pienso en la mar, en la lucha de los seres que están en guerra siempre, y me acuerdo de las masas que se juntan

para unir su poca fuerza y así lograr que sea mayor y les permita caminar y alimentarse.

Me acuerdo —por ideas— de la almadraba.

Hace un año visité Barbate. Estuve con ingleses, contentos de moverse por las aguas en que Nelson derrotó a los nuestros y murió en plena victoria.

En efecto, a pocas millas del cabo de Trafalgar se hallaban las barcazas destinadas a levantar la presa. La red que se perdía bajo el agua las unía fuertemente. De proa a popa se pasaba sin dar un salto grande, como quien se corre por la grada o el tendido de la plaza en que se va a lidiar el toro. Pero ahí no había toros, ni siquiera un pez espada; sólo había —según los entendidos— un buen millar de atunes de a más de cien kilogramos cada uno.

Y, sin embargo, nada se veía. El agua de la plaza señalada mar adentro estaba más tranquila que el agua de la calle: mar afuera. Las olas se morían contra los barcos y el redondel estaba calmo como un estanque.

Cuando llegamos, la faena comenzó. Con las manos, los hombres empezaron a recoger la red, que estaba dentro y pendía de las diferentes lanchas y lanchones, y trabajaron largo tiempo sin resultado visible. Pero al cabo de una hora aquellos hombres dieron en cantar, como los árabes cuando apisonan sus murallas, caminando entre las tablas en que moldean el fango recién puesto y revuelto con la paja que lo debe aglutinar, y el canto de los hombres que recogían la red fué siendo cada vez más fuerte y acompasado. Las voces acentuadas les ayudaban a tirar, a hacer la fuerza necesaria para una malla más, y otra malla, y otra, y otra. Y así hasta que el agua comenzó a moverse un poco, hasta que de cuando en cuando un coletazo inesperado originaba un círculo concéntrico a otros varios, hasta que muchas ondas dieron lugar a un burbujeo incomprensible y hasta que el líquido entró en ebullición e infinitas colas se asomaron, y se vió una masa informe constituida por atunes que no hallaban paso libre y se atropellaban y poco a poco se morían de cansancio y falta de agua.

Junto a nosotros estaba el mayoral (y así lo llamo a causa de «plaza» mencionada).

Y el mayoral miraba y estaba silencioso. Analizaba el hervidero, como queriendo averiguar si el número de víctimas estuvo bien pronosticado. Eso al menos parecía. Pero al poco rato una frase y su dedo señalando en cierta dirección nos indicó que había

un motivo para que el agua hirviera con más fuerza que en otras ocasiones. Allí miramos, sin comprender lo dicho. Allí miramos una porción de veces, y hasta nos olvidamos del asunto; cuando de pronto el hombre que en su vida había asistido a varios centenares de «levantadas» semejantes, volvió a apuntar violentamente y gritó nervioso: «¡Hay un marrajo (78) dentro!»

\* \* \*

Sin duda por el monte hay también algún marrajo. Se ha producido esta mañana el quinto incendio del verano.

Ocorre siempre en estos meses, y cada vez piden socorro los que menos se han movido para averiguar si el fuego está camino de su finca, y cada vez se hace un esfuerzo para evitar el daño a los que no tienen la culpa del suceso.

Por supuesto, los soldados pagan el pato. Y en este día lo han pagado más duramente, porque la amenaza se corría algo de prisa hacia lo nuestro, y pudo producirse un accidente serio.

Afortunadamente no hubo nada. La gente trabajó de firme y el fuego pudo ser encarrilado hacia donde no podía causar una explosión, pero el hecho me ha servido para conocer otro sector de este rincón agreste de Andalucía.

A última hora pasé por Algeciras para despachar y dictar unos telegramas, y de camino me crucé con infinitas golondrinas, tantas que a veces contribuían a oscurecer el firmamento. No sé de dónde llegan, pero la señal de alarma ha corrido por toda la Península, a juzgar por la imponente masa de «andarinas» y de «oronetas» que van viniendo hacia el Estrecho.

A millares se presentan. Se instalan de momento en los alambres telefónicos, y casi puedo asegurar que sólo quieren esa cama tan absurda para pasar la noche. Con su colita abarquillada y sus remeras largas, ya replegadas para el sueño, se acomodan malamente sobre los hilos paralelos que se extienden por toda la ciudad. Con sus robustas uñas se agarran a los cables, ajenas al fluido que transportan y a su razón de ser. Están en varias filas, pico adentro, enseñando una pechera que reluce, color acero, algo azulada, y así van a dormirse y a reponer sus fuerzas para mañana dar un salto enorme sobre la mar.

---

(78) Clase de tiburón que los atunes temen extraordinariamente.

Entre cada dos contiguas hay el sitio necesario y suficiente para abrir un ala, y estirla, y afilar debidamente cada pluma, y reparar las timoneras, y limpiarlas de piojillo; y dicho sitio es defendido con fiereza, hasta el extremo de que si un ave retrasada no halla espacio en que posarse e intenta hacerlo donde no hay lugar bastante, muy pronto las dos colaterales se revuelven y la hacen ir allende a buscar otro refugio. Y es que el viaje obliga a una *toilette* esmeradísima.

Alguna vez he oído que los romanos se valían de las veloces hirundinidas para comunicarse por encima de las tropas adversarias. Entonces, en efecto, hacían oficio de «mensajeras»; reemplazaban a estos hilos telefónicos en que descansan ahora doblemente.

\* \* \*

Las golondrinas van o vienen; mas los árboles se quedan.

El hermosísimo chaparro que tapa el Hacho y me impide ver los faros africanos parece satisfecho en su rincón de tierra. Está cerca del estanque y alguien se preocupa de que el agua no le falte. Y como corre brisa por la «Huerta de Pelayo», están sus ramas siempre en movimiento, y las hojas, unas a otras, se rozan suavemente y se ayudan a echar fuera las partículas de polvo que las cubren si la tarde ha sido seca y el aire no potente.

Así, el chaparro está más cómodo, más limpio. No siente la molestia de lo extraño; vive como el bicho que es sensible sin saberlo; como el hombre que se duerme y se da cuenta de su pena o su molestia, o como el alma del budista que ha llegado al quinto cielo y no se entera de que vive ni sabe lo que pasa e ignora la existencia de los otros..., y, sin embargo, vive y es dichoso en su ruta inacabable hacia Nirvana.

Ha vivido tantos años —mi chaparro— que no sabe cuántas veces le quitaron su corteza. Tuvo con frecuencia una impresión de frío sobre su carne desvestida, como la oveja que ha pasado por la tonsura; pero ahora que renace poco a poco su camisa ya no sabe que sintió ni qué sintió. No se acuerda... Como empiezo yo también a no acordarme de las cosas que pasaron hace poco. Pero él no se acuerda porque no sabe, o no puede, o no concibe qué es memoria, y yo, en cambio, no me acuerdo porque están



abarrotados los cablecillos en que viven mis recuerdos y éstos no quieren apretarse para dejar espacio libre a los que van llegando, como las golondrinas que mañana volarán sobre el Estrecho.

\* \* \*

Y creo que basta de sentimentalismos. No es justo comentar sobre los árboles y las pequeñas golondrinas que se marchan y al cabo de un instante poner cara de perro porque un oficio no se entiende o unos soldados no saludan. Hay que ser un poco consecuente consigo mismo, y ya que el día casi entero lo dedico a la milicia, ¿por qué no recordarla cuando tengo para mí una hora pacífica y amena? Y sobre todo, ¿por qué no pergeñar un último recuerdo a la montaña que sirvió de base a mi labor?

¡Gibraltar!

Sí. La plaza que está enfrente de Pelayo, erizada de cañones y repleta de obras defensivas.

¿Y por qué tanta labor en el recinto y tan poca enfrente? Desconozco las razones. Pero al fin y al cabo estoy bastante convencido de que los defensores ponen siempre más empeño en su trabajo que los futuros atacantes en el suyo. Y no me refiero solamente a Gibraltar. Hablo de Troya y de Numancia (a pesar del resultado, y hablo de Zaragoza y de Gerona, y de cuantas luchas han tenido por objeto conservar lo que se tiene o el lugar en que se vive.

El atacante se pelea por deber, y el defensor quiere su vida. La honra anda por medio en los dos casos, pero en el segundo aparece un coeficiente que agiganta los esfuerzos del que cree que lucha sólo por su patria.

Y en efecto, uno tras otro, en Gibraltar hemos levantado murallas y defensas, y uno tras otro, en la montaña que está enfrente nos hemos limitado a colocar un campamento y a cavar un poco y a esperar.

Respecto a esa montaña más vale no inquirir. Está vacía. No le quedan ni árboles ni arbustos para ocultar lo inexistente.

El Peñón, en cambio —lo he dicho más arriba— está repleto de obras y erizado de piezas.

Dimensiones reducidas (4.200 metros de longitud por 254 de anchura mínima) y un perímetro pequeño (12 kilómetros), junto a

una serie de cotas que se aproximan a los 400 metros (79), sin puestos interesantes para organizar con pocos hombres una defensa poderosa. Además, la roca ha sido siempre un observatorio espléndido. El solo *ver* le ha dado siempre fuerza, y aún sigue dándole no poca en nuestras días. En los viejos tiempos... «había de continuo una *atalaya* sobre el Hacho», destinada noche y día a poner en claro «si corrían asonadas de enemigos o venían rebatos o correos de algunos pueblos de la costa», o encargada de avisar «haberse descubierto naves mahometanas» (80). Y hasta pasados varios siglos en las torres se velaba, «tocando incesantemente por la noche para estorvar que los moros desembarcasen o anunciar que habían desembarcado» (81).

Las obras comenzaron con los árabes, y entre ellas la primera es el castillo, cuyos muros siguen llamando la atención de los turistas. La Historia está llena de episodios relacionados con él, y creo haber mencionado alguno —o acaso varios— en este semi-diario. Muchos historiadores lo han descrito, y todos lo ensalzan. Entre los más conspicuos refiere Ayala (82) —que a su vez lo toma de Portillo (83)— que «para el tiempo antiguo, quando se peleaba sin artillería, era fortísimo...; tanto que habiendo venido el señor rei D. Alonso el XI sobre él dos veces, y el conde de Niebla otra vez con poder real, jamás lo ganaron por la fuerza los cristianos ni los moros... Tiene por delante un reducto que llaman la Giralda, de ancha muralla, i capaz de recibir gente bastante para defender la entrada... I en lo último e interior de esa giralda, que a mi parecer es citadela como las italianas, está la torre de Calahorra..., que tiene varios hornos, un algibe de agua grande i hondo, salas y plazas de armas, i otros aposentos... Tiene jardines i arboles frutales, viña y hortaliza..., i hay bosque de conejos, y puede haberlo de venados i otros animales... Y es tan grande que es poco menos que la ciudad de Gibraltar.»

La Torre del Tuerto era otra fortificación interesante. «Parecía ser de fabrica mas antigua que de moros, aunque unos aposentos

---

(79) La Roca del Mortero (407 metros); el Cerro de Enmedio (389 metros), y el Hacho (430 metros).

(80) LÓPEZ DE AYALA, *Ob. cit.*, pág. 58.

(81) LÓPEZ DE AYALA, *Ob. cit.*, pág. 52.

(82) LÓPEZ DE AYALA, *Ob. cit.*, págs. 50 y 51.

(83) ALONSO HERNÁNDEZ PORTILLO, *Historia manuscrita de Gibraltar*. (Al parecer hay una copia en la Biblioteca Nacional.)

que estaban cerca de la torre, i se habian conservado mejor que ella, parecian moriscos, ó á lo menos renovados por esos moros» (84). Se trataba, en el siglo XV, de una gran obra pentagonal, con plaza de armas igualmente y bien abastecida de cañones. Pero más adelante —pasado el año 1600— fué convertida en «fuerte i dilatado castillo» (85) destinado a proteger las embarcaciones que eran perseguidas por los árabes u otros enemigos.

En nuestros primeros tiempos, cuando el fusil costaba unos cincuenta reales y el trabajo era gratuito (o poco menos), se trabajó bastante. Carlos V y los Felipes que siguieron hicieron lo posible en Gibraltar, mas sin lograr los resultados apetecidos. Confeccionáronse, en efecto, durante esos reinados, proyectos numerosos que no siempre concordaron entre sí, aunque sí trajeron discusiones que alargaron los trabajos y controversias que originaron graves disgustos.

No han quedado muchos recuerdos en los archivos nacionales sobre los estudios anteriores; los hay únicamente en la ladera inabordable de la Roca. No es posible, por lo tanto, enumerar; mas sí conviene hacer presente que la mayoría de los autores enaltecen la labor llevada a cabo por don Alvaro de Bazán, cuando era alcaide por su hijo, el marqués de Santa Cruz.

Sábese que en nuestro último siglo —el XVII— aún construimos varias obras cuyo recuerdo está presente. Pero ni las torres y baluartes, ni las cortinas amuralladas, ni los fosos, ni los abrigos que dejamos, se pueden comparar con los trabajos realizados por los ingleses a partir de los primeros años en que fueron poseedores de la Roca. En efecto: «No se pueden describir las obras que han añadido, los escarpados que han hecho, las baterías y minas que han fabricado. Todo lo que es piedra lo han cortado hasta dexarla inaccesible; y si en algunas partes no la han taxado recatemente, ha sido para dejar mexetas en que emplazar artillería. Tales son las baterías que flanquean por graduación la entrada de la Puerta de Tierra. Las antiguas murallas se han levantado de nuevo, con mas arte y mas bastiones... Todo el recinto se ha escarpado, fortificando tambien con el arte lo que no defendia del todo la naturaleza. Y conste que han señalado premio en muchas ocasiones para los que encontrasen sitio debil u olvidado por don-

(84) LÓPEZ DE AYALA, *Ob. cit.*, pág. 52.

(85) *Idem id.*

de poder entrar, no á la plaza, sino á parte alguna del peñón...; la espalda del monte está cortada hasta una altura que la dexa fuera de todo peligro; la senda del Pastor se ha borrado i no queda ya vestigio della; y en la caleta de la Almadraba, en la circunferencia de las puntas de Europa, i frente a los entrantes que corren a buscar el muelle nuevo, no solo han taxado la piedra, sino que han agregado murallas, reparos y mucha artillería... Siempre han mantenido una compañía de cien obreros mandada por ingenieros, i (esto) sin mencionar los trabajadores asalariados que les han ayudado a mudar la faz de todo el monte, a hacerle cortaduras, escarpas, fosos, i á abrir en pocas partes los caminos que imposibilitan el acceso en las demás» (86).

Y con semejante esfuerzo la potencia defensiva incrementó rápidamente. A fines del XVIII ya era mucho lo construído. Las crónicas lo cuentan... lo contaban. Hablábase, en efecto, en la sazón aquella, de numerosas baterías y de rampas destinadas a alcanzarlas. Decíase que existían varios caminos que llegaban a la cumbre, y eran recorribles a caballo. Comentábase la existencia de profundas galerías y aun se agregaba que la potente fortaleza era intomable. Había, en fin, quien escribía que el Peñón se hallaba «surcado en todos sentidos, y armado como un egregio caballero de la edad media» (87).

En 1890, la Plaza disponía —concretamente— de cuatro piezas de 305 (treinta y ocho toneladas), diez y seis de 25 (diez y ocho toneladas) y media docena de 22,5 (doce toneladas), instaladas en las muchas posiciones cuyos nombres continúan expuestos al turista que se acerca a Gibraltar por vía marítima: frente «Wellington», baluarte «Orange», batería «Alexandre», etc. Y, además, se estaban ya montando piezas cuyo peso se acercaba al centenar de toneladas (88).

Después todo ha seguido en proporción. Ya hablé de ello anteriormente. Mas sucede ahora que al aumentar los elementos destinados a la defensa, no caben ya en la plaza los restantes.

Hoy está la roca sin infantes. Los «fusileros irlandeses» acaban de marcharse. Se han embarcado hace unas semanas; y han sido reemplazados por un regimiento de Artillería antiaérea pesado. Los

(86) LÓPEZ DE AYALA, *Ob. cit.*, págs. 54-56.

(87) JOSÉ NAVARRETE, *Las Llaves del Estrecho*, Madrid, 1882.

(88) NAVARRETE, *Ob. cit.*

periódicos ingleses lo comentan; y, al hacerlo, renuevan los recuerdos de su siempre cacareado último sitio, en que la defensa fué lograda por las baterías terrestres que lanzaron sus famosas balas rojas contra las desgraciadas naves proyectadas por D'Arçon. Y yo ignoro, por supuesto, si el que ha firmado la decisión tomada, ha recordado aquella anécdota o ha pensado únicamente en el futuro; tan sólo sé que el *Times* subraya que, al igual que varias plazas más lejanas, «Gibraltar aceptará la variación a título de cierre a la reciente etapa de su historia militar».

\* \* \*

Mi simple comentario sobre la fortaleza gibraltareña, conduce a poco. La sola conclusión lograda es que en todo tiempo se ha trabajado muchísimo para aumentar su gran potencia defensiva.

Mas, claro, si la potencia defensiva de la plaza ha alcanzado el valor que corresponde a varios siglos de labor y de constancia y a las posibilidades de una nación que ha puesto gran empeño en su tarea, habrá que embestir —para tomarla— con la fuerza necesaria para, al menos, compensar lo preparado; habrá que arremeter con lo preciso, y lo preciso significa aprovechar todos los medios, acumular lo calculado y... echar el resto. Por lo tanto, si la plaza está situada sobre mar y sobre tierra, desde ambos elementos habrá que intervenir eficazmente para obtener un resultado concluyente, y habrá que intervenir desde ambos frentes con todo lo previsto en consecuencia del estudio y la experiencia, y algo más.

Esto se sabe desde hace mucho tiempo. Siempre se pensó en operaciones combinadas. En ocasión del cuarto sitio, establecido en 1331: «El Almirante envió decir al Rey que los Moros tenían todas las galeras en la costa de la mar no lejos de su real, et que las tenían puestas en tal manera que él non podia llegar á les facer daño: et que si el Rey fuese por la tierra, et otros con gentes para que pudiesen pelear con la hueste de los moros, que llegaría él por la mar con aquella flota que allí tenia, et que quemaría la flota de los moros» (89).

Pero, en la práctica, no se ha tenido siempre en cuenta lo previsto, ni menos aún lo deducido de los sitios anteriores. Basta un

---

(89) *Crónica de Alfonso el Onceno de este nombre*, págs. 205-06. Madrid, 1787.

vistazo a la reseña que presenté al principio de este artículo (90) para llegar a convencerse de lo dicho y para observar la serie de oscilaciones realizadas por el péndulo que rige los designios de nuestra historia militar.

Es más, algunas veces se ha tratado de coordinar debidamente, pero entonces ha faltado —o ha fallado— el jefe necesario para el éxito final; y este caso se intensifica en el más reciente de los sitios: el tercero, establecido contra las fuerzas de Inglaterra, instaladas, sin derecho, en Gibraltar. En efecto, el primero (1704) y el segundo (1727) permitieron recalcar sobre la obligación de intervenir potentemente por todos los caminos y aun por todas las veredas que llevaban a la plaza; y así se quiso actuar la vez tercera (1778-83), pero entonces no hubo enlace entre los medios desplegados.

Desde muchos años antes de montar el tercer sitio se venía pensando en él y discutiendo soluciones más o menos respaldadas por la experiencia o por la firma o el prestigio de cada pensador o proyectista. El señor de Vallière, conocedor de la materia (como artillero), y persona que había quedado a mucha altura en ocasiones anteriores, fué llamado a España en 1762. Vino; y después de analizar la situación y de estudiar con gran detalle los antecedentes y las futuras posibilidades, dió en decir, sencillamente, que era imposible llevar a cabo un asalto desde tierra con la sola ayuda de los cañones colocables sobre el istmo. A la sazón no se podía, en efecto, instalar la artillería en profundidad, según más tarde se ha logrado en función de los alcances de algunas piezas largas o potentes; y, en estas condiciones, el referido istmo o lengua de tierra, considerado como simple zona de asentamientos, no tenía más valor que el correspondiente a la distancia entre los mares, sin que su otra longitud facilitara la colocación de nuevas líneas de cañones. Y, claro, si las baterías no podían ser instaladas en varias filas, y, de otra parte, el espacio disponible era pequeño, no había otra solución —para aumentar el fuego— que la de prolongar el frente mar afuera, con cañones de marina, montados sobre barcos; y esto fué sencillamente lo que propuso el visitante (91).

Mas todo lo anterior se desarrollaba —según lo dicho— en un momento en que el nuevo sitio no era inminente. Así es que cuan-

(90) Páginas 57 y 77.

(91) MICHAUD D'ARÇON, *Conseil de Guerre*, etc., pág. 38.

do, ya iniciado el mismo se acudió a otro personaje —el ingeniero Michaud D'Arçon— para oír su parecer moderno o más reciente; y éste propuso la construcción de «baterías flotantes», que, aunque menos manejables que las fragatas y navíos de su tiempo, habían de montar a bordo una cantidad de piezas muy superior a la que dichos barcos solían tener sobre una banda, e iban a ser muy resistentes e incombustibles y, por lo tanto, invulnerables a la renombrada «bala roja» que los ingleses empleaban contra todas nuestras naves, ocurrió que los más altos responsables de la guerra tuvieron ciertas dudas y quisieron oír de nuevo al anterior —al artillero— y comparar las opiniones, y pesarlas, y decidir en consecuencia. Pero en vez del referido caballero de Vallière vino un titulado Babelón, que había trabajado con aquél, y que —según lo expuesto en la memoria publicada por el coronel D'Arçon (92)— explicó, sencillamente, que «no pudiendo aproximarse por vía marítima con auxilio de trincheras, su general había optado por el único partido que quedaba: prolongar el istmo; y que (en estas condiciones) lo único difícil consistía en zafarse de las fuerzas de la altura...» Pero a esto repuso el buen D'Arçon que ante lo absurdo o lo sencillo de ese solo comentario, no quedaba más remedio que ir por la mar, buscando el modo de acercarse muy despacio con numerosas piezas protegidas fuertemente, como pudieran llegar a estarlo con auxilio de parapetos levantados a medida de su avance; si bien él admitía —y aun auguraba— la conveniencia de enlazar los dos esfuerzos, no como ataques realizados por mar y tierra, sino como acciones concordantes, que, mutuamente, se complementarían.

Empero, hubo algo más. Admitidas ya las baterías flotantes, se discutió muchísimo sobre si ellas servirían de base al futuro asalto, o si la brecha originada por las mismas sería utilizada por las fuerzas que avanzaran desde el istmo; y la controversia fué curiosa, interminable y laberíntica. No cabe analizarla. Me contento, pues, con exponer algún detalle y con un breve comentario.

Según D'Arçon, las baterías flotantes se habían de colocar rápidamente y ante el frente mismo de las murallas descubiertas: las mismas que hoy subsisten ante el puerto y al sur del mismo. Y, por supuesto, el correspondiente fuego —reforzado con el de tierra y el de las naves propiamente dichas que intervinieron en la

---

(92) *Ob. cit.*, pág. 42.

acción— había de tener la potencia necesaria para abrir algunas brechas en el frente mencionado y en aquel otro que, limitándolo y partiendo de su extremo, resultaba paralelo al de las fuerzas instaladas sobre el istmo; y, en relación a cosa tan sutil, D'Arçon decía: «Se llega de ese modo, a un resultado definitivo: se empieza el sitio como acaban los demás, y se evitan las pérdidas humanas que resultan de la extraordinaria lentitud inherente a los trabajos múltiples que exigen los sistemas ordinarios» (93). Y esto que parece una sencilla paradoja, no lo es al recordar que a la sazón no se abusaba de la fase titulada «preparación de artillería».

De otra parte, se ha de tener en cuenta que el objeto de las baterías flotantes no era el de lograr una auténtica preparación con la potencia suficiente para efectuar un desembarco. Se trataba sólo de cooperar al fuego de la artillería terrestre, reforzándolo en manera tal que fueran enfiladas las unidades enemigas destinadas a resistir la acción frontal del istmo. Y, sin embargo, el mismísimo D'Arçon fué el que se empeñó en lograr alguna cosa desde el mar; y lo demuestra cuando dice que el proyecto de Vallière quedó menoscabado por el hecho mismo de estar basado en un simple ataque desde tierra, como antes lo estuvieron los proyectos correspondientes a los dos primeros sitios establecidos contra la plaza ya en poder de los ingleses.

Por último, hubo largas discusiones por escrito entre D'Arçon y los marinos de nuestra escuadra sobre la forma en que las balas rojas perforaban la madera, sobre la esperanza de que se enfriaran sin dar lugar a incendio, sobre los efectos originables por las que atravesaran completamente su objetivo, sobre la importancia atribuída al hecho de que el agua destinada a enfriar las balas incrustadas procediera solamente de una parte, etc. Mas tales discusiones, interminables y enojosas, se desarrollaron cuando las baterías flotantes estaban ya aprobadas y en plena construcción.

En resumen, no hubo plan. Lo dice el propio caballero de Vallière al referirse a «...el sistema de atacar la plaza durante cerca de tres años, sin acciones, sin idea y hasta sin esperanza» (94). Y no habiendo un proyecto sólido, o sea un programa terminante, la solución posible radicaba en el nombramiento de un jefe que tuviese el prestigio necesario para hacerse cargo del conjunto y dar

---

(93) D'ARÇON, *Ob. cit.*, pág. 43.

(94) D'ARÇON, *Ob. cit.*, pág. 383.



las órdenes precisas para desarrollar el sitio en la forma que él creyera ser mejor; y aunque el duque de Crillon tenía la condición citada, ocurrió que a pesar de todo —y aun a riesgo de menguar el entusiasmo del francés— él fué nombrado solamente comandante general de los Ejércitos que habían de operar en tierra firme, al tiempo que la dirección de lo naval quedó entregada al almirante Córdoba (95).

\* \* \*

El tercero y último sitio de Gibraltar es un buen ejemplo de enlace defectuoso. Se partió de un mando malamente combinado. Ninguna de sus partes logró formarse un concepto claro de la forma en que el enlace se había de realizar y los subordinados se abstuvieron de provocar un cambio decisivo.

En cuanto se refiere a las baterías flotantes...: «A todo el mundo alcanza por igual la responsabilidad del éxito funesto: al inventor, por serlo y haber construido las máquinas sin sondar la bahía, según aconsejaban los inteligentes; al Gobierno, que permitió que funcionasen tales máquinas sin haber antes probado su resistencia; a la Marina, que no dió pronto auxilio, ni favoreció la operación». Pero según él mismo añade: «Tal era el vértigo que se había apoderado de los ejércitos, y tal el deseo de conquistar la plaza, que Rey, Ministro y Pueblo, caminaron ciegamente, hasta que vino a despertarles el terrible desengaño» (96).

\* \* \*

Y no es sólo con auxilio de una fuerza incalculable que las cosas militares se resuelven. Conviene recordar que la sorpresa puede compensar la falta de elementos. Y sobre eso algo sabemos, porque perdimos el Peñón de esa manera.

Pero la sorpresa, a veces, tiene algo de perfidia; y para evitar que esto suceda, resurge, esplendoroso, el insigne Don Quijote de la Mancha, desfacedor de entuertos y aventurero excelentísimo.

Y para ejemplo ahí va un recuerdo ya olvidado.

---

(95) Don Ventura de Córdoba.

(96) FRANCISCO MARÍA MONTERO, *La Historia de Gibraltar y de su Campo*. Cádiz, 1860, pág. 367.

El 30 de enero de 1766 se produjo una gran tormenta con precipitación de rayos y granizo; y esa tormenta fué de tal enjundia que la crónica asegura que las aguas, bajando de la altura, arrasaban cantidades imponentes de roca y tierra, y que estos elementos llegaron a cegar las principales calles, y a obstruir entradas, y a cubrir bastantes casas, y a hundir un lienzo de muralla «dejando brecha como de 20 varas». y, en fin, a sepultar las piezas que, de esa parte, guarnecían la defensa. Y ante eso el jefe de las fuerzas exteriores (futuro duque de Mahón y de Crillon) propuso un inmediato asalto; pero el monarca —a la sazón Carlos III— contestó que «estando en paz con Inglaterra, no era justo aprovecharse de una catástrofe» (97).

\* \* \*

He hablado de «fuerza» y de «sorpresa». Me falta solamente referirme a la «paciencia» necesaria para obtener un resultado basado en el simple estrangulamiento de los elementos refugiados en Gibraltar.

«Bloqueo» es la palabra reglamentaria; pero el concepto operativo que origina se parece poco al que interesa en nuestro tiempo, en que las Fuerzas de Aire, Mar y Tierra se mantienen siempre coordinadas bajo una dirección suprema. Tampoco me entusiasman las varias expresiones que se derivan de esa palabra. Desde el momento en que el bloqueo es estratégico, deja de ser bloqueo y se convierte en un conjunto de operaciones activas y pasivas en que los esfuerzos se coordinan con la latencia inusitada de los elementos destinados a amenazar perennemente.

Mas, cualquiera que sea el concepto y la palabra que se acepten (o se acojan con fervor), lo que interesa a mi recuerdo es el efecto conseguible con los medios existentes cuando no se trata de realizar un gran asalto por sorpresa o por la fuerza. Y, por supuesto, la artillería, en este asunto, ha desempeñado a menudo el papel fundamental.

Hubo un período en que las piezas del Peñón tuvieron más de diez kilómetros de alcance, sin que España se lanzara —o se

---

(97) Esta frase aparece en casi todas las historias de Gibraltar. (Véase MONTERO, LUNA, etc.)

atreviera— a artillar su Sierra Carbonera, su Punta Mala, su Rincón, ni la zona comprendida entre los ríos Palmones y Guadarranque, ni los salientes situados más abajo de Algeciras: San García, Punta Carnero y la colina de Acebuche. Y en estas condiciones, casi todas las poblaciones de nuestro campo estaban batidas desde la posesión inglesa, sin que pudiéramos responder con tiro alguno; y, en su consecuencia, la plaza estaba libre e independiente: su guarnición, su villa, sus defensas y hasta su puerto, se hallaban amparados por el Peñón y protegidos por su fuego.

En tiempos de Crillon —recientes aún— fué necesario soportar el fuego de las baterías gibraltareñas para poder establecer las nuestras. Hoy, en cambio, los repliegues infinitos de nuestro campo de Gibraltar son otras tantas posiciones naturales en que instalar obuses y cañones desenfilados —incluso— de los más altos observatorios de la gigantesca roca.

Simples piezas semicortas de 155, 240 y 305, son suficientes para conseguir la neutralización del puerto y del aeródromo de Gibraltar. Una vez establecidas, dichas piezas sólo pueden ser destruidas por los bombarderos procedentes de los diversos portaaviones que pululen por el mar Mediterráneo y el océano Atlántico. Mas, por supuesto, las variaciones de asentamiento realizadas cada noche, serían suficientes para desorientar a los que aparecieran por el aire con el fin de demoler las unidades y evitar su fuego.

En 1880 podía decirse, con bastantes probabilidades de acertar: «Gibraltar es una estación que ofrece un refugio seguro contra una fuerza superior, y que sitúa a la inferior en condiciones de alarmar y molestar al enemigo y de aprovechar las ocasiones favorables para dar golpes de mano» (98). Pero desde el día en que nuestras piezas de campaña han logrado un alcance suficiente para batir el puerto y sus inmediaciones sin ser vistas desde la plaza o las más altas atalayas de la roca, es evidente que la ventaja aquella queda reducida a la simple posibilidad de cooperar a un «alto el fuego» destinado a abastecer de prisa, mas sin que nadie piense en prolongar la estancia de las naves pasajeras o en mantenerlas en la rada con el fin de reforzar el fuego de las armas instaladas sobre tierra.

Estamos, pues, en condiciones de poder neutralizar el puerto

---

(98) NAVARRETE, *Ob. cit.*, pág. 25. Tomado, al parecer, de una memoria inglesa.

que Inglaterra ha establecido en la Península; y hay que reconocer que dicha operación puede tener enorme trascendencia para aquélla. Desde el momento en que la hayamos efectuado —y tengamos medios para mantenerla— es evidente que el abastecimiento de Gibraltar se llevará a efecto en condiciones muy precarias: desde el aire (mediante empleo de paracaídas), por la noche (en Punta Europa y en las bahías orientales), o en pleno frente occidental mediante uno o varios golpes de mano (aprovechando los sectores no destruidos y arriesgando el fuego de nuestra acción aérea y terrestre). Y eso —repito— es asunto serio e interesante.

En efecto, es raro el día en que no hay una docena de petroleros fondeados en las proximidades de Puente Mayorga: unos a punto de zarpar, y otros esperando que les llegue el turno de vaciar su carga. Gibraltar, sin duda, es una base espléndida para alimentar de carburante a las diferentes fuerzas de Aire y de Marina que se hallen destacadas en el mar Mediterráneo. Y, por supuesto, neutralizada la bahía, Inglaterra se vería obligada a buscar un refugio provisional que nunca reuniría las ventajas topográficas y estratégicas del Peñón actual. Su impulsión primera la llevaría a Tánger y a su rada, o a proyectar una ofensiva contra Huelva o contra Cádiz, o a alejarse hacia costa portuguesa, o a Casablanca, o, en fin, a resignarse a forzar el paso diariamente con sus flotas petroleras, ora vacías, ora completamente llenas.

El problema entonces sería distinto. Sería preciso «echar la llave». Pero echar la llave del Estrecho no es cosa fácil. En cambio, no es difícil impedir el simple paso del petróleo, o al menos dificultar enormemente el correspondiente tráfico.

El paso de un estrecho no se prohíbe solamente con cañones y con baterías de torpedos. Se prohíbe con los medios que se hallan destinados a tratar de prohibir las comunicaciones oceánicas; siquiera sea, en nuestro caso, con la ventaja inmensa de que se está seguro del sitio por el cual han de pasar los diferentes barcos integrantes o protectores del convoy, y de que éste no puede en modo alguno disponer de una zona bilateral de seguridad y de vigilancia.

Ya Codrington, ex gobernador de Gibraltar, hablaba, el año ochenta, del peligro en potencia de «una flotilla de torpederos que, amparada por las baterías terrestres, se mantuviera en condiciones de atacar las diferentes naves que utilizaran el Estre-

cho» (99). Y, por supuesto, organizada esa flotilla, las plazas existentes a ambos lados habrían podido intervenir con eficacia, si quiera fuera en forma semejante a la adoptada anteriormente por la estación de Calpe, mas con la gran ventaja de una posible coordinación entre ambos frentes y de la ayuda resultante del contacto establecido con la propia retaguardia.

\* \* \*

Para ese fin tenemos lo preciso. La verdadera «punta de Europa» no es la del Peñón de Gibraltar. Está más a Poniente.

Hace pocos días llegó del campo la Virgen de la Luz. Entró en Tarifa por la tarde, a última hora, por la puerta que abrió el monarca muy glorioso que tomó la villa y la unió a su reino castellano; por la misma puerta en que dice todavía: «muy noble, muy leal, muy heroica ciudad...», ganada a los moros, reinando Sancho IV el Bravo, en 21 de septiembre de 1292.»

La Virgen de la Luz llegó con varios centenares de jinetes ataviados con sus mejores galas: silla vaquera, zajones y sombrero de ala ancha. Se congregaron todos en la ermita, que está a varios kilómetros, y desde ahí vinieron por los campos amarillos y el camino que siguieron los franceses que intentaron, hace un siglo, arrebatarlos la ciudad.

En octubre del año 1811, Soult quiso tomarla; pero hubo de esperar a causa de otras varias operaciones en que su ejército se vió obligado a intervenir. No obstante, a los dos meses Godinot volvió a la carga, destacado a tiempo y con fuerzas superiores a las que defendían las altas murallas de la que fué ciudad romana y luego se llamó Tarif Ben Malek, y dió renombre a Alonso Pérez de Guzmán, y rechazó más de una vez a diferentes harcas musulmanas que pretendían recuperar su vieja villa.

Para su intento el Gabacho disponía de unos 9.000 infantes, 500 jinetes y un tren de sitio constituido por cuatro piezas de a 16 y cuatro más de a 12 y otras varias de calibre algo menor; mientras que, en nuestra parte, el brigadier Copóns contaba sólo con 3.000 soldados, sin caballos ni cañones.

El sitio fué establecido en toda regla. Los atacantes consiguieron instalar sus paralelas en la parte más desenfilada de las vistas

---

(99) NAVARRETE, *Ob. cit.*, págs. 25 y 26.

de una escuadra que protegía a la plaza desde el mar; y así llegaron hasta unos 300 metros de los muros, en la esperanza de que la brecha abierta por sus piezas les permitiera penetrar... siquiera fuera soslayando las almenas y el proyecto defensivo de los viejos alarifes. Hubo entonces mucho fuego y mucha lucha; pero de cuantas vicisitudes se produjeron en la famosa operación interesa únicamente recordar que el 30 de diciembre un mensajero hizo saber al defensor que los franceses entrarían al día siguiente y que, en estas condiciones, una entrega honrosa evitaría no pocas bajas y desgracias. Por supuesto, la noticia fué acogida sosegadamente; mas cayó como una afrenta, que hizo exclamar al defensor: «Nos veremos en la brecha». Y, en efecto, en esa brecha sus tropas derrotaron a las de Bonaparte.

Pocos días después, el enemigo se preparaba para un nuevo asalto. Había empezado el año 12 y en la ciudad no había esperanza de éxito. Pero entonces se acudió a la Virgen de la Luz, a quien se oró incesantemente en súplica de ayuda, y la Virgen hizo caer una tremenda catarata, y la zona en que el avance se efectuaba quedó hecho un aguazal tan imponente, que el propio Godinot dispuso la inmediata retirada de sus numerosos batallones; y éstos se fueron, según el parte de los nuestros: «con el honor perdido y sin las piezas más potentes».

Y desde entonces la Virgen de la Luz es venerada con mayor fruición si cabe.

Cada año la ceremonia se repite. Pasada la muralla, la imagen se aproxima lentamente a la parroquia, en cuyo recinto los tarifeños la festejan y le rezan; y no sólo acuden tarifeños, sino otros muchos que proceden de Algeciras, La Línea, Ceuta, Los Barrios, Medina y Alcalá de los Gazules; y todos vienen con inmensa devoción.

Hoy la procesión tuvo lugar. Antes de comenzarla, el alcalde se me acerca y me suplica que a Nuestra Señora se le rindan honores de Capitana Generala. Ya sabe que Ella no los tiene, pero me lo piden en recuerdo de su gloriosa intervención frente a las huestes napoleónicas; y, claro, ante su ruego y sus razones y la cara suplicante de los muchos que se hacinan, le digo, simplemente, que si al entrar, la música del piquete me ha recibido batiendo marcha de infantes, qué menos que un escalón más alto para la Virgen de la Luz. Y una marcha granadera a todo lujo sacudió los muros de la calleja típica y oscura que está inmediata al templo.

Y en tanto que la oía, pensaba en otra Virgen semejante que espera estos honores en la mal llamada «Punta de Europa»: la del Peñón de Gibraltar.

\* \* \*

Una motonave rusa ha llegado a Puente Mayorga. Hemos perdido a los ingleses que la alejen de la costa y se la lleven a la entrada de su puerto; y, amablemente, han accedido. La motonave está averiada y sin pasajeros. Viene remolcada por un transporte de mayores dimensiones que, por supuesto, necesita carburante para seguir su viaje hacia el mar Negro.

Consigno el hecho porque eso mismo —en forma parecida o diferente— ocurre cada vez que llega a Gibraltar una flota inglesa o americana. En efecto, la motonave apareció hace un par de días; y la Home Fleet, dirigida por el *Vanguard*, ha entrado esta mañana en la bahía.

\* \* \*

Ha llovido y hace fresco. No bajo a la piscina ni quiero ver las flores. Me siento en la terraza y otra vez enfoco el horizonte con los gemelos. Miro el Peñón. Trato de encontrar el sitio en que se halló la Torre de Calahorra y el lugar en que estuvieron los famosos «arenales colorados». Contemplo el castillo árabe y la muralla atribuída a Carlos V, y escudriño en las diferentes sombras y en las manchas aún incomprendidas.

De vez en cuando bajo hacia la mar, a fin de establecer contacto con la zona en que fondearon las baterías flotantes. Las evoco en su humareda, acoderadas o malamente embarrancadas, y con sus tripulaciones afligidas a causa de la distancia a que han quedado de sus respectivos blancos. Vivo su alegría de las primeras horas y su honda desesperanza al tener que abandonar la gran tarea y volar los barcos y echarse al agua en busca de una tabla. Y queriendo no sufrir, me alejo poco a poco hacia la costa, sin duda en la esperanza de hallar una fragata esbelta con varias velas bien henchidas por el viento, o dispuesto a imaginarme una majestuosa flota de galeras desplegada en ala y demoliendo la muralla con sus bombas casi inertes. Pero la aplastada nube precursoro-

ra del levante desciende hacia la mar y cubre el horizonte; y ya no sé qué pasa al otro lado de la cortina. Ignoro si la calma corresponde al período en que vivimos o si la nube es consecuencia de explosiones producidas por las bombas de las grandes aeronaves que han venido hacia nosotros, a devolvernos —en pedazos— el Peñón erguido ante Pelayo. Y medito...; medito seriamente...; medito en las posibles complicaciones bélicas y trato de inquirir sobre los inconvenientes y las ventajas de la orientación actual. Pienso en España amiga y enemiga de Inglaterra..., persigo pareceres..., oigo opiniones...; y al cabo de unas horas, cogitando y rebuscando, hallo este párrafo: «yo creo, con otros muchos, que la alianza inglesa es más útil y beneficiosa para España; pero esta alianza no puede hacerse firme en tanto que el pabellón británico ondee sobre la Roca, en nuestra Península.»

En efecto, eso dice un libro que he citado varias veces (100), y eso digo —entristecido—, antes de sigilar estos recuerdos.

CARLOS MARTÍNEZ DE CAMPOS

---

(100) MONTERO, *Ob. cit.*